REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI | San José, Costa Rica | **1933** | Sábado 13 de Mayo | Núm. 18

Año XIV. No. 634

SUMARIO

En torno al centenario de Ricardo Palma

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Con Bartolomé Mitre, Faustino Sarmiento, Andrés Bello, Benjamín Vicuña Mackenna, Juan Montalvo y Jorge Isaacs, comparte Ricardo Palma la universalidad del prestigio de la obra artística o científica que realizaron los escritores sudamericanos que surgieron en el siglo xix, a raíz de la emancipación política de este continente meridional. Fueron estos escritores la más alta culminación espiritual y en cuya obra, en lo que al Arte se refiere, se cumplía el concepto u observación de Renán de que el estilo y el carácter constituyen la médula perdurable de la obra artística. Y en este sentido—acaso me parcialice el afecto filial—la obra de Ricardo Palma es la que, en el acervo riquísimo de las letras hispano-americanas, muestra la más honda impresión de esas dos garras de superioridad espiritual porque lo que distingue a las "Tradiciones peruanas" es el estilo de una personalidad genuinamente sustantiva y el carácter de un género literario nuevo, forjado con elementos de técnica retórica o de contenido que el crítico podrá encontrar dispersos en Plutarco, Villehardouin, el Arcipreste, Cervantes, Quevedo, Voltaire, Saint Simon, Walter Scott y en los cronistas de historia o de picardía mundanal, elementos que se acondicionaron y tomaron una fisonomía típica y única en el criollo espíritu de Ricardo Palma, cristalizando en un nuevo modo de recoger la vida de un medio social o de una época en relatos fragmentarios, en los que palpita lo eterno y sólido de la vida y lo alado y rutilante del arte del buen decir. Eso es la "tradición" de Palma; la tradición grave y fundamental que es memoria de la humanidad, que es alma de las religiones y de la historia, que encierra diluído el secreto del pasado de los pueblos, es tomada por las manos privilegiadas de un alquimista de Arte y se transforma en piedra filosofal, en pepas de oro de ley, cuyo quilataje se modifica ganando en brillos y ductilidades por la maravillosa aleación del ingenio sutil y travieso, del vocabulario ágil y saturado del frescor de la tierra, y de una fantasía reconstructiva tan brillante y vital, que el lector no sabría decir en dónde está la verdad básica, si en la carnación del episodio, respaldada en cronicones y textos severos, o si en el ropaje con que el tradicionista envuelve y mueve sus evocaciones de hombres, cosas y momentos.



Ricardo Palma

Por *Juan Carlos Huergo*

El Gobierno del Perú o el municipio de Lima se prepara, o mejor dicho, se preparaba a conmemorar el centenario del gran escritor limeño; pero entiendo que lo más probable es que no se haga nada apreciable en honor del ciudadano que hizo mayor obra de nacionalismo y que más difundió, entre los hombres que leen en el mundo, el nombre del Perú. Nació mi padre el 7 de febrero de 1833, de familia modesta de menestrales. Siempre se vanaglorió Ricardo Palma de tres cosas: de no tener en sus venas sangre azul, de no ser coronel y de no ser doctor. Su aristocracia literaria, se la formó él solo; sus credenciales de nobleza intelectual las hizo manipulando en los archivos y bibliotecas con los hechos y dichos de reyes, virreyes, conquistadores, inquisidores, encomenderos, oidores, togados, frailes, títulos de Castilla, empingorotadas damas, arzobispos, damiselas y toda la balumba de gentes de pro y de pobres diablos que hicieron y vivieron la historia del Perú colonial y republicano. Poco se rozó Palma con los Incas y cutacas de las épocas que precedieron a la venida de Pizarro; de allí que las "Tradiciones" no tomaron en mayor consideración la historia del Perú incaico, sino en lo que tuvo relación con la vida colonial. Sin embargo, la tradición inicial fué una leyenda incaica, "Palla Huarcuna", referente a la leyenda popular sobre la muerte de una doncella destinada al serrallo de Tupac Yupanqui. La escribió en 1860, cuando tenía mi padre 26 años. Ya tenía en su haber una profusa producción de poesías románticas y artículos críticos, y hasta un drama histórico, "Rodil", representado e impreso en Lima, del que se arrepintió mucho después; tan malo le pareció que hizo perseguir todos los ejemplares que circularon, destruyéndolos, a semejanza de lo que hiciera Alonso de Villegas Selvago con su "Comedia Selvagia", contemporánea de la "Celestina" de Rojas.

Toda esa juventud que había nacido durante la etapa inicial de la vida republicana del Perú recibió con entusiasmo las nuevas brisas literarias y poéticas que venían del Viejo Mundo, también conmovido briosamente por nuevas idealidades artísticas de reacción contra los moldes clásicos. La nueva hornada de escritores y poetas peruanos quería estremecer al mundo con sus rimados lamentos amorosos y con los desbordes líricos de una fantasía sin freno, emulando a Byron, Musset, de la Vigne, Hugo, Dumas, Espronceda, Zorrilla, Quintana y demás propugnadores del romanticismo, de los que era una especie de plenipotenciario el poeta español Velarde, residente en Lima. Por esa época los más destacados de la nueva cohorte intelectual, entre los cuales estaban el poeta, Luis Benjamín Cisneros y José Antonio de Lavalle y seis u ocho mozos más que habían de llegar a ser cumbres de las letras peruanas, resolvieron fundar un palenque para sus lucubraciones, y comenzaron la publicación de "La Revista de Lima", que fué, por su importancia, algo así como una prolongación del "Mercurio Peruano", famoso receptáculo de la

intelectualidad colonial en las últimas décadas de la dominación española. En la "Revista de Lima" primero, y después en la "Revista Peruana", fué modelándose la obra tradicional de Palma y adquiriendo los contornos y características de una creación literaria, a medida que fué acentuándose su predilección por las investigaciones históricas con apasionamiento fecundo, a la vez que el estilo tomaba definitiva e inconfundible fisomonía. Pero el dinamismo del espíritu de Ricardo Palma, y la influencia que en él ejercieran las doctrinas liberales de don José Gálvez, le llevaron a la política y le condujeron a actividades peligrosas. El resultado de ello fué su intervención en una atrevida aventura política que fracasó y era nada menos que un complot para plagiar al mariscal Castilla, entonces presidente del Perú. La audaz empresa fué descubierta y Ricardo Palma, con otros comprometidos, capturado y desterrado a Chile.

Las actividades literarias que desplegó durante el año y medio que Ricardo Palma pasó en Santiago de Chile, han sido casi totalmente desconocidas por sus biógrafos. Venido yo a la capital chilena, desterrado también como mi padre, tuve, a poco de llegar, la oportunidad de conocer a don Guillermo Feliú y Cruz, joven y ya notable bibliógrafo, discípulo predilecto del eminente historiógrafo don José Toribio Medina, la más alta autoridad bibliográfica de Hispano-América. Feliú y Cruz, desde 1919, en que falleció mi padre, tenía en paciente preparación un estudio bibliográfico sobre la labor del insigne escritor peruano, del que era admirador entusiasta, y tuvo la fineza de mostrarme el caudal de papeletas bibliográficas que tenía coleccionadas y comentadas, llamándome la atención especialmente las referentes a la labor del tradicionista en el destierro, que, como he dicho, era poco conocida. Como el meritorio trabajo de Feliú y Cruz era lo más completo que se había escrito, pensé que la oportunidad del próximo centenario de Ricardo Palma, sería la más adecuada para la publicación de este libro. Los trabajos gestiones que hubo que hacer para este objeto han llegado a tener éxito y el libro aparecerá en breve. Durante su permanencia en Santiago cultivó Palma estrechas relaciones amistosas con los intelectuales chilenos y con no pocos argentinos, a algunos de los cuales se refieren sus artículos críticos. Polemizó, fundó sociedades literarias, versificó, prologó libros, escribió panfletos políticos, estudios históricos, etc.

Marino, poeta lírico, dramático y satírico, crítico, escudriñador de la historia, conjurado, oficinista, revolucionario con el presidente Balta, de quien fué secretario, viajero en la región amazónica, y en Europa, cónsul, académico y lingüista, diputado y senador, bibliotecario con Vigil y Odrizola, soldado en la guerra con Chile, las actividades prodigiosas de Ricardo Palma hacen de su espíritu un brillante de múltiples facetas, entre las que, como en la valiosa piedra, hay una faceta mayor y central, la de tradicionista.

A los pocos días de ocupada la capital del Perú por el ejército vencedor de Chile, la Biblioteca de Lima fué destinada a alojamiento de un batallón, y sus libros, considerados como botín de guerra, trasladados en parte a Chile y en parte entregados a la soldadesca para que los vendieran en las bodegas como papel para envolver mercaderías. Ricardo Palmo, con la honda pena e indignación que le causara este salvaje agravio a la cultura, escribió una enérgica y violenta protesta al jefe de la plaza, la que leyó al coronel Odriozola, último director de la Biblioteca, valetudinario anciano que había servido en las campañas de la independencia, y que reclamó el derecho de firmar ese documento como bibliotecario; mi padre no tuvo inconveniente en ello; pero como no guardó el secreto de ese desahogo de dolor y de rabia, que además en el estilo denunciaba la procedencia literaria de donde había salido, la autoridad chilena procedió inmediatamente a apresar al verdadero autor de esa protesta. Recuerdo la mañana en que mi madre y yo fuimos a visitar al preso en una habitación del corredor alto de la Biblioteca. En la tarde de ese día fué conducido al pontón Valdivia, de donde debía ser trasladado al barco que debería llevarle prisionero a Chile. Felizmente, reconocida su alta personalidad literaria, y más que todo, probablemente, la influencia poderosa de viejos camaradas de letras con los que fraternizara veinte años antes en el destierro, detuvo esta nueva expatriación. Después de varios días de prisión marítima le fué devuelta la libertad. Su actuación de escritor, durante la ocupación chilena, fué muy limitada y se reducía a correspondencias políticas y literarias en diarios de Colombia, Cuba y especialmente en un diario de Buenos Aires. La paz se celebró cuando mi padre preparaba un viaje con su familia a esta ciudad, contratado para dirigir una sección en el citado diario argentino. El nuevo gobierno nacional exigió a Ricardo Palma que renunciara a su viaje y emprendiera la obra de reconstrucción de la Biblioteca Nacional saqueada, ya que de ella y de los archivos anexos había extraído sus admirables relatos y forjado su personalidad, cuya irradiación salía ya de las fronteras y le valía la consideración de los hombres de letras de toda la América y de España. No pudo Ricardo Palma sustraerse a esta invocación a su patriotismo, y un año después el tradicionista complementaba la obra civilizadora del protector argentino, fundador de la Biblioteca de Lima en 1821, entregándola de nuevo a las exigencias culturales de un pueblo.

En la madurez de la vida don Ricardo Palma se consagró de lleno, con todas las energías de su espíritu, antes diluídas en múltiples actividades, a cumplir su función absoluta y vocacional de hombre de letras. Es desde este momento de dedicación exclusiva a los libros que su labor literaria se intensifica, que su producción tradicionista se perfecciona y enriquece, que su percepción de los temas se agudiza y afina, y que su imaginación portentosa gana en fuerza y colorido. Ricardo Palma era un imaginativo y su genialidad, saturada en el ambiente de la Lima de sus recuerdos, con la evocativa sugerencia de los libros viejos de los cronicones conventuales, con la picaresca chismografía del vivir criollo, con la ingeniosidad y travesura de la psicología del pueblo limeño traducida en un parlar lleno de gracia, de color, de ironía picante, pusieron a mi padre, en este período de concentración, en condiciones de captar con mayor facilidad el alma típica de la Lima ancestral. Por más de un cuarto de siglo hizo una labor intensiva y brillante, en la que redondeó los contornos de su personalidad superior. Nació su vocación literaria recostando su juvenil cabeza en el regazo de las musas, y a los ochenta y seis años, cuando ya sus ojas apenas veían y sus temblorosas manos de anciano se resistían al porfiado empeño de estampar en el papel los últimos destellos de su pensamiento, se sumergió en la eterna sombra, recostando en una noche apacible de octubre por última vez la blanca cabeza sobre el regazo de las musas murmurando una última poesía. Como en los cuentos de hadas, el hada madrina, misteriosa e invisible, vino a su lecho de muerte a recoger el último suspiro y la última sonrisa del poeta tradicionista.

El concepto de la divinidad en todas las filosofías y religiones está substancialmente caracterizado por el poder de creación. Dios es Amor, es Justicia, es Regulación, es la Suprema fuerza infinita que se basta a sí misma y en la que la vida del Cosmos es sólo una expresión sensible pero ínfima en relación con su potencialidad infinita. La tradición hebraico-cristiana ha querido ennoblecer este producto de una larga serie de transformaciones que se llama el "hombre", y le atribuye, esquivando el historial de una larga serie de sucesivos momentos, un abolengo inmediatamente divino. Igual cosa hacen las demás teogonías entre ellas la helénica. El hombre fué una derivación directa de la divinidad y Moisés nos dice que fué Dios mismo quien le hizo a su imagen y semejanza. Es la bella fábula a que se ocurre para satisfacer la torturante curiosidad humana por descubrir el misterio de la vida. Acaso sea también una exigencia de la necesidad instintiva de organización social para contener el desborde disociador del orgullo humano al invertirse las soluciones del lancinante problema si algún día quizá la ciencia y la filosofía nos llegaran a decir que Dios o los dioses son la creación del hombre, quien los hizo a su imagen y semejanza. Pero sea como fuere, de todos los atributos concretos o abtractos de la divinidad, la más excelsa característica divina es el poder de creación. Y en este sentido, reducido el hombre, hasta hoy, a la condición de producto divino, todas sus energías son limitadas, todos sus poderes conquistados en una

larga evolución ascensional de sus facultades en la marcha del progreso ilimitado, ya que no infinito, tropiezan al fin con el muro infranqueable del misterio.

La ciencia humana prosigue su incansable camino de conquistas de las verdades relativas, los sentimientos se transfor man con la obra del tiempo y, paralelamente, con la ideología del mundo, y Dios mismo dentro del conceptualismo de la humanidad futura podrá revestir caracteres y atributos que hoy no presentimos; pero siempre su característica inmutable será el poder crear. Y en el hombre lo único que le hace semejante a Dios es la facultad creadora; es la posesión del fuego creador que la leyenda griega simbolizó en el mito de Prometeo robando a los dioses el fuego, por lo que los buitres le roen eternamente las entrañas. Ese poder es la imaginación, que tiene como campo de acción no sólo lo existente limitado, sino lo inexistente: es decir, la divina y suprema facultad de hacer surgir la vida de la nada. Dios hizo el mundo, hizo el mundo de la nada, nos dice Moisés, y nos lo dicen más o menos igual todas las teogonias y filosofías Dios es principalmente un artista imaginativo, y el mundo no sería bello si la facultad creadora de Dios hubiera reposado en otros aspectos de la fuerza infinita. El Amor, la Bondad y la Sabiduría de Dios habrían fracasado sin la preponderancia de su imaginación infinita. Sin ella no habría podido crear la flor, el pájaro y la mujer; habría creado el mar y el cielo pero no las tempestades; no existiría el encanto de las primaveras, de los celajes y de las noches de luna. El Arte, antes que la Ciencia, es la más urgente necesidad espiritual del hombre, porque aquél es la expresión expansiva de su imaginación. En el Arte es donde siente el hombre su solidaridad con Dios, su punto de convergencia con el gran misterio del Supremo Poder Creador, misterio que la ciencia no descorrerá jamás, y si acaso llegara a vislumbrarlo sería con el auxilio de la imaginación: la reflexión y el juicio ponderados especulan con ideas y abstracciones, con principios fríos, conceptualismos complicados de engranajes lógicos y de verdades convencionales. Para el infinito del misterio necesita de las alas de la imaginación hechas de la misma esencia de la divinidad...

Hago esta digresión metafísica nada más que para exaltar la importancia que, en mi concepto, tienen todos los escritores en quienes la facultad predominante que han puesto en juego en su obra artística, ha sido la imaginación o fantasía, porque es ésta la que fundamentalmente crea la belleza, ya sea en la forma externa, ya en el contenido o meollo.

Clemente Palma

Poesías

= *Envío del autor.* Barba, Costa Rica =

DE NOCHE

La luna—humilde lámpara votiva
que pende ante el altar del infinito—
con su místico brillo se parece
a la luz inefable de los cirios,

En la noche plateada, tan serena,
la mansedumbre de su luz admiro,
con emoción tan honda y tan sincera
que no podría dejar en el olvido.

En la noche poblada de lucernas
la luna es por su brillo la gran Reina,
fresca como una rosa en un jardín.

Mientras la admiro por la luz que lleva,
algunos dicen que es una hechicera
que cobija la sombra de Caín!

Folkestone, 1932.

INVIERNO

Qué pensará el cisne
mirando el estanque cubierto de hielo!
Debe sentir algo como la tristeza,
debe sentir miedo.

Ese blanco cisne
que ha visto el estanque de tiempos mejores,
antes del invierno,
qué estará pensando!
qué será en el cisne la vida pasada?
qué será en el cisne la flor del recuerdo?

Cuando el sol de invierno deja caer un leve
reflejo de oro sobre el duro hielo,
que anuncia las horas de la vida nueva,
qué pensará el cisne de cosas fururas?
qué pensará el cisne de la primavera?

Oh cándido cisne! hoy, tímidamente
mirando el estanque cubierto de hielo,
tú no eres el mismo,
no eres el antiguo marqués arrogante...
Pareces un pobre corazón enfermo!

En Europa, en 1929.

JUVENTUD

Mi juventud quedó en Europa:
Bruselas, Londres y París...
Dichosa vida de estudiante!
Había mujeres elegantes
y compañeros del país.

En el otoño y el invierno
y en la fragante primavera,
mientras las gentes se reían
mis pobres ojos releían
lecciones, páginas enteras.

Tras de la ciencia que nos daban
los viejos sabios profesores,
íbamos luego a conversar
a la cantina o al billar
los compañeros de labores.

Miedo de exámenes, terrible!
(mal sueño y mala digestión).
Después nos íbamos al mar...
La inmensa playa oía cantar
la juventud del corazón

Días de trabajo abrumador!
Después de tanto trabajar
pasa un amigo, pasan doce...
Para terminar la noche
íbamos todos a bailar.

Hoy encontré yo un amigo
en una calle. Al recordar
aquella vida de estudiante
me dijo: «Tiempo inolvidable...
Siente uno ganas de llorar!»

Europa, estudio y juventud!
Cuando me pongo a recordar,
me parece una mentira
que hay una Europa divina
lejos, más allá del mar!

Marco Tulio Salazar

Un cuentista peruano

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Don Enrique López Albújar es un distinguido abogado peruano que, al margen de sus actividades forenses, ha escrito uno o dos libros de narraciones breves en las cuales se muestra como un óptimo y ágil cultivador de aquel género difícil. A mí me envió hace ya tiempos uno de esos libros, galantemente dedicado y acompañado por una tarjeta de Chocano, en que el sumo parnásida de "Alma América" me recomendaba la obra de su compatriota y me pedía, de camino, que le consagrara unos cuantos renglones. No falta de buena voluntad, mi pereza proverbial me impidió entonces ocuparme en el libro de López Albújar. Pasóme lo que a aquel protagonista de un poema campoamorino que, puesto en el trance de darle respuesta a una carta de mujer, se afirmaba todos los días: "La escribiré mañana". Y que al fin no la escribió nunca. Hoy, sin embargo—y en presencia del conflicto internacional a que estamos abocados por causa de la mala fe sanchezcerril—se me brinda una nueva oportunidad para hablar de aquellos cuentos acres y truculentos, en los cuales el alma de la raza indígena peruana está estudiada lúcida y magistralmente, casi podría decirse con criterio clínico.

La impresión que posiblemente predominará en el alma de todo colombiano que recorra aquellas páginas, o por lo menos la que predominó en mí,—es la de quien penetra en un mundo desconocido, en una región estigiana de desolación y espanto donde nada recuerda la vida de nuestros campos y aldeas. El mismo autor lo confiesa paladinamente en las frases preliminares de su libro. "He puesto en él—dice—mucho de sombrío y de trágico". El indio peruano que allí se describe no parece tener ninguna afinidad con el nuestro. Hijo de una raza secularmente intoxicada por la coca—la sacra "mama cuca" de los quichuas—es un ser hermético, fatalista y rencoroso. La misma naturaleza en que mora, el frígido altiplano perennemente flagelado por cierzos cortantes y hopado por la nieve, contribuye a agudizar esa torva tristeza que sólo confía a su "quena", especie de flauta extraña, tallada en un fémur o en una tibia humana. En algunos pueblos o regiones—frecuentemente separadas entre sí por odios tenaces—el indio tiene su justicia distinta de la oficial y que es administrada, como en los clanes y tribus primitivos, por los viejos, a quienes llaman los yayas. Estos magistrados forman una especie de areópago que dicta sus fallos después de haberse inspirado con un "chacheo" de coca, planta que, según una superstición indígena, procura el don divinatorio y profético. Tal organización de la justicia, le ha inspirado a López Albújar uno de los cuentos más característicos de su manera, el intitulado "Ushanan-Jampi", lo cual significa "El último remedio". Es la historia de un indio bravío y feroz como un animal montés, llamado Cunce Maille. Condenado por robo de ganado a un destierro inexorable que no le permite tornar al pueblo nativo, donde tiene su cabaña, el indio no se resigna a la cruel sentencia de los "yayas". Acuciado por una nostalgia casi animal, vuelve a su choza clandestinamente, aunque sabe que, al hacerlo, se juega la vida. Pero en el pueblo, entretanto, los indios se han enterado de ese regreso subrepticio. Aun se puede decir que contaban con él. Y resueltos a desgraviar a los "jircas", los dioses de la tribu, ofendidos con el delito de Cunce Maille, se aperciben, fría y astutamente, a darle caza al reo. La escena de la captura y muerte del indio, sorprendido en su choza por la jauría humana, es de una grandeza épica. Cunce Maille se defiende como un jabalí acosado. Pero la traición de un amigo, preparada con melosa doblez, lo entrega al fin a la saña de sus perseguidores, quienes lo ultiman con saña salvaje a los pies de su madre. El ambiente de tragedia feroz que se respira en estas páginas, las hace inolvidables.

Otro de los mejores cuentos del volumen—y escrito en la misma manera atrevida y ruda—se llama "El Campeón de la Muerte". Su protagonista es un semimestizo, el "illapaco" Jorge, indio de una cruedad desembozada y mercenaria que se gana la vida poniendo su destreza de infalible tirador de máuser al servicio de quienes tienen un odio que saciar o una venganza que cumplir. Y también puede citarse, por el hálito de intensa dramaticidad que la anima, la narración intitulada "Cachorro de Tigre". Ishaco es un indiecito de doce años, recogido a la muerte de su padre, el desalmado bandido Magariños, en el hogar honorable de un magistrado judicial. Ishaco es listo, trabajador, móvil como una ardilla. Pero su protector, habituado a bucear en el alma humana, no tarda mucho en descubrir en él las más horrendas taras morales, los más depravados instintos de ladronzuelo y asesino. El alma del feroz Magariño revive con toda su hipocresía y su crueldad, en el frágil cuerpecito de Ishaco. Pero aquí prefiero dejarle la palabra al autor!

"Ishaco se cazaba los piojos y se los comía deleitosamente, después de verlos andar sobre la uña; se hurtaba los pedazos de carne cruda y sangrienta y los engullía con la rapidez y voracidad de un martín pescador; recogía en cualquier cazo la sangre de los animales degollados, y, humeante aún, se la bebía a tragantadas, celebrando después con risotadas bestialas el cloqueo que aquella hiciera al pasarle por la garganta; hacía provisiones de cebo y de piltrafas recogidas en la cocina, ocultándolas en cualquier escondrijo, para sacarlas más tarde en plena descomposición y devorarlas a solas y tranquilamente. Era a ratos perdidos un insectívoro y un antropófago.

"Por la carne era capaz de todo, y aun cuando a la hora de comer no tenía preferencias por ninguna, roja o blanca, cruda o cocida, tierna o dura, los trozos crudos y sanguinolentos, acabados de traer del mercado, causábanle como una especie de sádico enternecimiento. Para él habría sido un placer revolcarse a la manera del gato cuando olfatea algo que excita su sensibilidad, sobre un colchón de carne roja y palpitante".

Un día, Ishaco desaparece de la casa donde se le ha acogido tan afectuosamente. Pasan los años. Y un día, de pronto, empieza a hablarse en voz baja de un bandido que aterroriza la región. Entre sus víctimas, se cuentan los presuntos matadores del tristemente famoso Magariños, a quienes el nuevo salteador ha capturado y hecho perecer con refinamientos de crueldad dignos de los sayones chinos. Y otro día, el propio salteador cae en poder de los gendarmes y es conducido a la presencia del juez. Sorprendido, este lo reconoce al punto. Es Ishaco, su pequeño sirviente de años atrás. No ha cambiado. Tiene el mismo aspecto inquietantemente simiesco. Los mismos ojos huyentes e hipócritas. La misma boca pálida y cruel. En el interrogatorio se hace el tonto y el ignorante. El no sabe nada, no ha hecho nada. Pero el juez sabe demasiado a qué atenerse con relación a sus crímenes. Entretanto ha empezado a difundirse en la pieza un hedor asfixiante, atroz, que

Apreciaciones

Sr. Dr. Enrique López Albújar.

He leído con singular interés, señor mío, sus "Cuentos Andinos", claros de dibujos y llenos de color y de calor. Su dramática truculencia me ha llamado fuertemente la atención. Lo del piojo me recuerda una poesía de Burns. Eso que dice Ud. de que el pesimismo de Schopenhauer era teoría y vanidad y el del indio es experiencia y desdén me parece una observación muy justa, que merece detenido comentario, y lo haré, como he de hacer otro a lo de su catipar merced a la coca. Leyéndole y en la parte irónica de su relato he pensado que no en vano pasó por ahí Ricardo Palma enseñando sobriedad en el relato. De cualquiera de los cuentos de usted se podría hacer, hinchándolo, una excelente novela, pero prefiero esos extractos comprimidos y llenos de jugo. Hay uno, sin embargo, que me gustaría ver desarrollado en artística psicología y es "El caso Julio Zimens" ¡Que de cosas hay en ese caso! Es un tema riquísimo, para novela, para drama, para un estudio. Lo tengo que comentar también.

Y gracias por las sugestiones que me ha dado con su precioso trabajo y por los temas de glosas y comentarios a quien anda a busca de ellos. Y por ahora no más.

Tan sólo que cuente como un amigo a

Miguel de Unamuno

Salamanca, 12-II-1933.

Enrique López Albújar es uno de los pocos escritores de mi generación en el Perú que dejará obra en prosa sumamente apreciabe, puesto que todo ella le ha entrado por los sentidos y le ha brotado después del corazón. Sin literatismo, escribe "Cuentos Andinos", que parecen sudar sangre; sin afectación, escribe "De mi casona", que parece llorar agua de primavera sobre la sequedad recóndita de las desolaciones. Aquél es un libro de cuentos; éste, un libro de cantos. Y esta feliz amalgama de cuentista y poeta que hay en Enrique López Albújar, trasciende en toda su prosa, que cuando no se caracteriza por su vernaculismo manifiéstase henchida de sinceridad. La obra de este compañero mío es tan fiel en lo que cuenta como leal en lo que canta| Yo me siento orgulloso de su obra como si fuese mía.

José Santos Chocano

aumenta con los movimientos del indio. Asaltado por una sospecha, el juez le ordena:

—"Acércate y abre el huallqui (especie de bolsa). Quiero ver lo que tienes en el huallqui.

—Fiambrecito, taita. Para qué sacarlo, taita. No te va a gustar.

—Sácalo. Quiero verlo.

El indio, dominado, sumiso, metió la mano al huallqui y sacó sin repugnancia un lío cuya fetidez, a medida que lo desenvolvía, iba haciéndose más insoportable. Dos trozos de carne aparecieron.

—Carnecita, taita—dijo mostrándome el contenido, pero con reserva.

—¿Carne?—dijo el actuario acercándose al indio.—No creo. Parecen ojos, señor!"

Efectivamente. Aquellos "dos pedazos de carne globular, gelatinosos y lívidos como bolsas de tarántula, eran dos ojos humanos que parecían mirar y sugerir el horror de cien tragedias". Los ojos del bandido Magariños, extraídos por Ishaco. Porque es preciso insistir en este detalle horripilante. Entre estos indios existe la costumbre de arrancarle al cadáver del enemigo por ellos ultimado los ojos y la lengua, que luego devoran con glotona avidez. Según una extraña leyenda de ese modo evitan que su crimen sea descubierto por la justicia, y además incorporan a su persona el coraje y la intrepidez de la víctima.

Cerrado el libro de López Albújar, me quedo unos instantes meditando. ¿Existe, en la existencia de nuestros aldeanos y nuestros campesinos—sean ellos indios o no—algo que se parezca a esto? No, evidentemente. Bajo el influjo de la fiebre amorosa, del alcohol y aun de la misma codicia de dinero nuestro pueblo puede dejarse arrebatar por el demonio de la ira y la violencia. Pero sólo en muy contados casos, se mostrará hipócrita, cruel o sanguinario. Las reacciones pasionales son en él de un primitivismo fuerte y sano. Tienen una pujanza y una energía que habrían encantado a Stendhal, sobre todo en los dos Santanderes, donde la sangre suele correr con prodigalidad. Allí se mata por cariño o por odio, más frecuentemente por pasión política. Pero se mata cara a cara, jamás a mansalva ni por la espalda. El mismo bandolerismo tiene en esas tierras solares un empaque romántico y caballeresco, un cariz de romance.

¿Que es peligroso generalizar? Lo sé. Pero en todo caso, puede afirmarse que entre nuestro pueblo indígena y el peruano, digamos entre pueblo y pueblo, nada más, existen desemejanzas sustanciales, favorables al nuestro. Basta leer, para convencerse de ello, este libro de López Albújar, obra de crudo realismo que revela en su autor a uno de los más vigorosos y audaces cuentistas de la raza.

El Caballero Duende

El caso Julio Zimens

= De *Cuentos andinos*. Vida y costumbres indígenas. 2.ª edición. Lima. 1924 =

A *Ricardo C. Espinoza*

I

—Entre los numerosos casos en que ha intervenido usted como juez, doctor, ¿cuál ha sido el más interesante, el más sensacional?

—El más insignificante de todos, judicialmente, señora. El caso Julio Zimens; un comprimido sumarial de veinte folios. Le aseguro a usted, señora, que es lo más conmovedor que he conocido, lo más triste y lo más trágico también.

—¿Y el descuartizamiento de los hermanos Ingunza? ¿Y el asesinato del joven Carrillo? ¿Y la mujer aquella de la calle del General Prado, que apareció estrangulada con sus dos nietecitos?

—Todo eso es nada al lado del caso Zimens. Un asesinato es un caso vulgar, un hecho más o menos vivo de bestialidad, de ferocidad. Es lo corriente, y más corriente todavía procesar por estas cosas. Mientras unos se entretienen en poner pinceladas azules en el lienzo de la vida, para que se las aplaudan, otros rabian por ponerlas rojas, para que la justicia tenga que intervenir.

—Pero usted convendrá conmigo en que, por más vulgar que sea aquello de asesinar, en todo asesinato hay algo interesante.

—Claro. Pero yo no me refiero a eso. Lo que he querido decirle a usted es que en un caso en que no había delito, judicialmente hablando, y, por consiguiente, ni actor ni reo, había, sin embargo, todo esto, moralmente se entiende.

—Yo no creo que haya nada más emocionante que un asesinato...

—Cuando se presencia, señora. Después, en frío... Para mí, juez de provincia, de una provincia como ésta, donde todo crimen es una atrocidad y todo criminal un antropoide, donde las víctimas despiertan canibalismos ancestrales y la superstición interviene en el asesinato con su ritualidad sangrienta, la emoción que causa el último crimen es siempre menor que la del presente... Los jueces, los médicos, las madres de caridad tenemos un punto de contacto: la anestesia del sentimiento. Además, fíjese usted, en el crimen todo es cuestión de forma. Las variantes de la delincuencia no son más que proteísmos de un mismo hecho: la violación de la ley. Se está dentro de la ley como se está fuera de ella, y se sale de ella por una infinidad de puertas, con más o menos violencia—cuestión de temperamento;—pero siempre por las mismas puertas que salieron otros. No hay novedad en esto, no hay originalidad. Si alguien se pusiera a buscar la originalidad en el delito acabaría por aburrirse al ver la estupidez de los delincuentes. Siempre las mismas cosas: agresión, violencia, engaño, latrocinio. Los cuatro puntos cardinales del crimen, dentro de los cuales el alma de los predestinados se agita como una aguja imantada.

—¿Y usted ha encontrado la originalidad en el caso Zimens?

—No. ¡Qué ocurrencia! Es un caso vulgarísimo también.

—¿Y entonces?...

—Es que la originalidad de mi caso no está en el hecho mismo sino en el autor del hecho. Desde este punto de vista podría decir que el caso tiene dos originalidades: una antecedente y otra consiguiente.

Y mi interlocutora, que, al parecer, no se sentía muy convencida de mi afirmación, me interrumpió con esta frase, que subrayó con la más fina de sus ironías:

—¡Caramba!, dos originalidades cuando más desesperaba yo de encontrar una.

—Y va usted a verlo.

Y la señora Linares se arrellanó en el sofá en actitud de reposo, mientras yo comenzaba a relatar mi caso en esta forma:

II

—Usted conoció a Julio Zimens: un hombre alto, fornido, esbelto, hermoso, virilmente hermoso. Un dolicocéfalo de cabellos ensortijados y blondos, como libra de oro acabada de acuñar, bajo los cuales ostentaba una faz marmórea, en la que fulguraban dos ojos azules, **como dos luceros en una noche serena.** Un Apolo germano, que escandalizaba con su belleza. ¿He exagerado la pintura?

La señora Linares abandonó su actitud, irguió el busto opulento y, con una sonrisa que parecía provocada por una reminiscencia agradable, se apresuró a decir:

—No describe usted mal, mi querido doctor. Aunque yo estaba muy niña entonces, recuerdo haber visto la figura de Julio Zimens en alguna parte. Se diría que usted la ha visto también.

—Sí; la he visto en fotografía en cierta casa. ¿No es verdad que era un tipo arrogante?

La señora Linares se sonrojó levemente, a pesar del esfuerzo visible que hiciera para dominarse, y, después de alguna vacilación, se apresuró a decir:

—Indudablemente que lo era. Pero ha exagerado usted un poco. Aquello de los **ojos azules como luceros...** Una frase de colegiala romántica.

—Exacto. Pero está tomada de una pintura de la época. Así lo describe una carta, que he tenido la ocasión de ver, precisamente en casa de una parienta suya, señora. Parece que se trataba de una confidencia entre dos colegialas a propósito de la aparición de aquel buen mozo.

En esta vez el sonrojo de la señora Linares, creció de manera alarmante; mas yo, que en materia de sonrojos femeninos soy un tanto discreto, fingí no verlo y reanudé mi historia.

—Exageración o no lo de los ojos de Julio Zimens, lo cierto es que este hombre logró conmover a todo Huánuco. Un hombre así, con todos los atributos de la belleza masculina y el prestigio de su raza, tenía por fuerza, que ser un partido codiciable. Pero Zimens era un extravagante, o una equivocación de la naturaleza, o un ente que no sabía de la explotación del propio valer, o, si lo sabía, tenía el **dandismo** de desdeñarlo. Se mostró indiferente a las asechanzas y tentaciones femeninas. Hasta se le creyó un misógeno. Su castidad se desliza-

ba serena por entre los escollos de la vida solteril. Fué un tranquilo, un honesto, un impasible. Pero como supongo que a usted no le han de interesar estos pormenores, señora, hágole gracia de ellos, y, de un salto, paso al período en que aparece Julio Zimens convertido en hombre de estado. ¡Un hombre de estado Julio Zimens! Parece inverosímil...

¿Qué es lo que había pasado en la vida de este hombre? Otro desvío de lo que un buen burgués llamaría el riel de la normalidad. Otra equivocación, que diría un hombre práctico. Se había casado de repente allá lejos, en la montaña, entre las cuatro chozas de una aldea perdida, para después ir a establecerse con su mujer en la soledad neurastenizadora de un fundo.

Naturalmente la noticia conmovió a Huánuco entero, y todos—en esta palabra las comprendo a ustedes también, señora,—todos se apresuraron a averiguar por la feliz mujer que había logrado quebrantar, en el breve espacio de unos días, la indiferencia del desdeñoso germano. Lo que no tardó en saberse. ¿Recuerda usted, señora, de la inmensa carcajada con que Huánuco recibió el nombre de la elegida?

—Vaya si recuerdo. Como que fuí yo una de las que reí también. ¡Qué mujer la que había ido a escoger Zimens a la montaña, válgame Dios! ¡A la Martina Pinquiray! Una india, que no tenía más mérito que una carita aceptable. Una india de **pata al suelo,** que, a la primera intención, se dejó **quitar la manta** por el gringo y lo siguió como una cabra.

—Una costumbre encantadora, capaz de tentar a cualquier hombre.

—¡Ah, ya lo creo! Ustedes querrían verla implantada en Huánuco.

—Con lo que nada perdería la moralidad, señora, porque, usted bien le comprende, antes de quitarle a una mujer la manta habría que quitarle la voluntad. Y no me diga usted que no hay nada parecido en nuestras costumbres. Entre los panatahuinos la mujer deja quitar la manta en señal de consentimiento; entre nosotros, con un pedazo de oro, en forma de anillo, se deja quitar todo.

—¿Es usted partidario de enlaces como el de Zimens con la Pinquiray? ¡Qué amalgama, Dios mío!

Y la señora Linares, que parecía haber retrocedido al tiempo de la noticia despatarrante, soltó una carcajada, tan burlona, tan convulsiva, tan cruel, que no pude menos que decirle, a manera de reproche:

—La Pinquiray fué la india más hermosa de los panatahuinos; hermosa como un sol y digna de una estatua.

La señora Linares dejó de reír repentinamente, contrajo el ceño y, con entonación de amargura mal disimulada, se apresuró a responder:

—Sí; como hermosa, lo era. Así lo oí decir a más de uno que la conoció **íntimamente**.

Y el íntimamente fué acentuado con una intención diabólica, a la cual me vi obligado a responder con este elogio más:

—Y era también mujer de talento.

—¡Tuvo al menos el talento de conquistar a un gringo!

—El talento de conquistar a un hombre con fama de inconquistable, que es el triunfo que más envidian las mujeres, con perdón de usted, señora.

—Se equivoca usted lastimosamente, mi querido juez. Lo que más envidiamos las mujeres—hablo de las mujeres honestas—es la glora de hacer felices a nuestros maridos. ¿También tuvo esa gloria la señora Pinquiray de Zimens?

—A eso voy, precisamente. Hay que ser fiel a la verdad. No tuvo esa gloria, pero tal vez fué porque no lo quiso. Zimens no fué feliz con su mujer. Había entre ellos, según él mismo me lo contara después, una disparidad de puntos de vista tal que la felicidad se espantó del hogar desde el primer momento. Zimens, en medio de sus extravagancias, era un romántico, un bohemio, una inteligencia atiborrada de teorías nebulosas, de esteticismos abstrusos, de conceptos filosóficos atrevidos, todo lo cual formaba en torno suyo una valla insalvable para el alma inculta y primitiva de su mujer. Fué un matrimonio sin puntos de afinidad; ni siquiera un matrimonio de esos en que los esposos, cuando no coinciden en el sentimiento, coinciden en la opinión. La Pinquiray no tenía opinión de nada y Zimens tenía opinión de todo. Lo que en éste suscitaba un reproche, una crispatura, una reprobación, un anatema, en aquélla producía una sonrisa extraña, un silencio de esfinge, una serenidad de lago tranquilo. Y en el gusto y las costumbres el choque fué más franco todavía. En ella, una frugalidad inútil, una sed de ahorro insaciable, una miseria intencionada. En él todo era elegancia, exquisitez, refinamiento. Agréguese a esto el egoísmo de una mujer, extrañamente insociable, y se tendrá el cuadro completo del hogar de Julio Zimens

Y aquí estriba la originalidad de mi caso. Estamos en presencia de un hombre cuya vida es una perpetua contradición, de quien nadie sabe por qué vino a estas tierras, dejando a su espalda centros más cultos y más propicios al éxito. Pero es que en Zimens había un virtuoso científico ante el que todas las conveniencias desaparecían: era un admirador de la civilización incaica. A través de Prescott, Tschudi y demás historiadores de la conquista, había encontrado en el gran imperio de los incas los mismos principios de solidaridad política que en el poderoso imperio germano: el derecho de la fuerza, el derecho divino, la casa militar, el feudo, el dospotismo paternal, la disciplina automatizadora, la absorción del individuo por el estado, el insaciable espíritu de conquista, el orgullo de una raza superior, llevado hasta la demencia...

Y algo más todavía, algo que Alemania no había alcanzado aún, a pesar de su desmedido servilismo militar y científico: el bienestar público como coronación del imperialismo incaico. Obra de pueblo superior, de raza fuerte, de gobernantes sabios. El Perú realizó entonces en Suramérica, en gran parte, la obra que pretendía realizar Alemania en Europa: el dominio continental. Incaicismo y kaiserismo venían a ser para Zimens la misma cosa. Y, de similitud en similitud, el teutón llegó al apasionamiento por nuestro pasado precolombino.

Fué esta pasión, este sueño de romántico enamorado de la fuerza, el que lo trajo hasta el corazón de estas tierras andinas, y, con él, el propósito de sentar con la experiencia propia la base de una teoría étnica, de saber qué resultados prácticos podrían obtenerse del cruzamiento de dos razas viejas y superiores. ¿Por qué no fué al Cuzco? Por capricho tal vez.

He aquí explicada, señora, la razón que tuvo Zimens para cometer el imperdonable delito de pasar como un sonámbulo por entre el jardín encantador de vuestras bellezas de entonces. Perdónele, señora, en gracia del ideal que persiguió. Y la experiencia resultó un fracaso, como lo habrá adivinado usted, señora, desde el primer momento.

Y vamos a los hijos. La unión no dejó de ser fecunda. ¡Pero qué hijos, señora mía, qué hijos! Un fiasco para el virtuosismo, una jugarreta a la teoría, un golpe al ideal. De los seis hijos que tuvo el matrimonio—cuatro varones y dos mujeres—ninguno respondió a las espectativas. Como las ranas, todos ellos, a poco de sentirse autónomos, se arrojaron al charco de la vida montañesa. Aquello fué una vergüenza y un tormento para Julio Zimens.

Y sobre este desencanto, sobre esta defraudación espiritual, sobre este naufragio de la prole misérrima y desequilibrada, vino a caer sobre Zimens de repente el peso de una desgracia inmensa, horrible, desesperante, traidora, vil... Un día descubrió el infeliz en su apolínea faz, de blancura impecable, la lividez de un tumor sospechoso. ¿Qué podría ser aquello? ¿Alguna manifestación venérea? ¿Algún resabio atávico? ¿La incubación de algún parásito maligno?... Zimens voló a Huánuco, consultó a todos los médicos, respondió a todas sus preguntas, sufrió todos sus exámenes, observó todas sus prescripciones, para saber, al fin, que las garras implacables de un cáncer le habían cogido por lo más noble del cuerpo y que su mal era irremediable.

—¡Un horror!—exclamó la señora Linares.—Yo no quise verle así jamás. ¡Pobrecillo! Cuando alguna vez le veía a la distancia, yo retrocedía o me refugiaba en alguna tienda.

—El horror de los horrores. Y el suplicio de Zimens se ensanchó hasta hacerse esquiliano. Zimens comenzó a parecerse a Job, señora. No le faltó ni el estercolero, porque algo de eso tenía el tugurio en donde fué a refugiarse con su podre. Como las gentes huían su contacto y los perros, al verle pasar, se apartaban de él gravemente, después de olfatearle, Zimens acabó por volverse misántropo. Con su paraguas negro, su bastón amarillo y su **vendojo** verde, que le cubría desde la ceja izquierda hasta el carrillo, salía a determinada hora a

hacer su provisión de mendrugos, o a tomar el sol para no morirse de tedio o de hartura de soledad y sombra. Y así, repudiado por todos, su vida se semejó al arrastramiento de un féretro ambulante, a cuyo paso el asco y el temor ponían en las bocas rictus de hostilidad o crispaturas de protesta. Hasta la mano del pulpero chino, acostumbrada a soterrarse en el cieno de los bajos oficios, hasta esa mano rehusó el contacto del papel con que Julio Zimens se empeñaba en pagar lo que compraba. "Lleva no má"—decíale el pulpero, con una sonrisa de caridad forzada.

Y Zimens, cansado ya de verse echado cortesmente—con cortesía flagelante—de los hoteles, de las fondas, de los figones, acosado por el hambre, tuvo al fin que sofocar las voces de su orgullo de germano, de su dignidad de hombre, y resignarse a aceptar la más humillante de las caridades: la que da de comer.

La compasión pública cayó sobre esa alma solitaria como un escupitajo; una compasión de anhelos homicidas, una especie de lástima con garras, que, de buena gana, habría estrangulado al compadecido. Y él soportó esta situación seis, ocho, diez años, viendo día a día cómo el círculo de la llaga horrenda se ensanchaba, cómo la molécula, sana ayer, aparecía hoy contaminada y roída, cómo la virulencia se burlaba de los besos purificadores del termocauterio, cómo para esa rosa lívida, hedionda y rezumante no había el rocío de un milagro.

Y llegó el día en que un gran pedazo de labio superior desapareció completamente, dejando al descubierto una encía purpúrea y unos incisivos amarillentos, que parecían ansiosos de morder; que la naríz irreprochable quedó convertida en un triángulo oscuro, viscoso, cóncavo; que uno de los ojos comenzó a desorbitarse y a tomar un estrabismo siniestro. Y allí en su tugurio, solo, abandonado, insomme, comenzó a dudar de Dios y a meditar contra sí mismo. ¿Concibe usted, señora, los pensamientos, ansiedades, rabias, dolores, tristezas, desencantos, maldiciones y odios que chocarían en el alma de ese bendito réprobo? ¿Concibe usted que se pueda vivir siendo hombre y perro a la vez? ¿Querría usted haber vivido por un instante la vida de Julio Zimens? Confiese usted, señora, usted, a quien en su niñez le enseñaron a creer en la tragedia del Calvario, que por encima de los padecimientos de Jesús han habido y habrán en todas las épocas, padecimientos más tristes, más hondos, más sombríos. Y más dignos de una redención también. La muerte de Jesús fué un triunfo, y él tuvo después del descendimiento siquiera el regazo bendito de una madre. Bien se puede morir así por el hombre, señora. ¡Pero vivir y morir como Zimens!...

—¡Ah, murió al fin Julio Zimens! Creí que todavía vivía en la montaña, que había vuelto al lado de su bella y digna consorte,—exclamó la señora Linares, siempre atrincherada en su ironía implacable.

—¡Qué había de volver! El infeliz no pudo tener ni el consuelo de padecer entre los suyos. Después de repudiarle su mujer, de echarle de la misma hacienda, solicitó ella, por consejo de sus mismos hijos, autorización judicial para enajenar el fundo. El desastre completo. Zimens tuvo el rasgo señoril de no oponerse ni protestar contra esas miserias.

—¿Y cómo sabe usted tanto de su vida, doctor? Todo lo que va usted contándome parece una novela.

—Por él mismo, señora. Una mañana, la mañana última de su vida, llegó Zimens hasta la puerta de mi despacho. Y digo hasta la puerta porque por más instancias que le hice para que entrara, venciendo por supuesto todo mi horror, él no quiso pasar del umbral. Seguramente adivinó en el gesto involuntario que hice al verle, que su presencia me había disgustado. Con el paraguas en una mano y el bastón en la otra, la cara semicubierta por el **vendajo** verde y húmedo, que él procuraba despegarse a ratos, mirábame con el único ojo que le quedaba todavía, un ojo azul, triste, frío, deslustrado, como el de un pescado muerto.

—¿Querría usted, señor juez, oírme unos quince minutos?—me interrogó con voz rajada, gangosa, que parecía obstinada en no quererle salir de las fosas nasales.

—Lo que usted guste, señor mío. Pero entre usted, siéntese. Aquí todo el mundo tiene derecho a entrar.

—Menos yo. Un hombre como yo, está demás en cualquier parte. Figúrese usted que ni en el muladar de Santa Rufina me consienten. Los chicos me apedrean y los perros me ladran. Pero esto no le importa a usted. He venido a hacerle una consulta. ¿Un juez no es hombre de consulta?

Sonreí y contesté:

—Usted dirá de qué se trata.

—¿Cree usted que un hombre de mi condición tiene derecho a matarse?

—Nunca hay derecho para hacer el mal y menos contra sí mismo, señor mío.

—Vamos, le haré a usted la pregunta en otra forma. ¿Usted en mi situación se resignaría a seguir viviendo?

—La resignación es cuestión de temperamento, señor, y el valor de la vida, cuestión de apreciación—le respondí.—Hay gentes para quienes la vida, por miserable y odiosa que sea, es un supremo bien.

—¡Oh, señor!, para mí es un supremo mal.

—¿Y cómo siéndolo se ha resignado usted a soportarla hasta hoy?—le contesté, con una crueldad que me causó después remordimiento.

—¿Sabe usted por qué? Porque hasta hoy he sido un cobarde. A unos les basta un segundo para tomar una resolución, a otros diez años, como yo.

—¿No es usted creyente? ¿No cree usted en la vida futura, en la inmortalidad y evolución de las almas?

—Acabo de confesarme. Soy un creyente que cree hasta en la bondad del suicidio. El suicidio es el último bien del que lo ha perdido todo. Y creo que mi vida tiene una razón de ser, como creo también que en mí hay un poder que puede destruir esa razón cuando quiera. Pero veo que usted me ha eludido la cuestión. No me ha contestado usted qué es lo que haría en mi lugar.

—¿Yo? Habría que estar en su lugar primero. La suposición está siempre por debajo de la realidad. El sufrimiento no se supone; hay que sentirlo... Además, el instinto de conservación es tan poderoso... Y, en medio del dolor, de la infelicidad, siempre hay algo que nos liga a la vida.

—¿Y cuando se es tan infeliz que teniéndolo todo no se tiene nada?

—Explíqueme usted su paradoja

Y Zimens, con una verbosidad ansiosa de desquite de silencio, con sinceridad que a ratos parecía mentira y a ratos cinismo, tomó de la mano a mi espíritu y lo introdujo de golpe en la sombría y enmarañada selva de su vida, de esa vida que acabo de exponerle a usted, señora. Cuando salí de ahí, tenía el corazón dolorido, los ojos húmedos y la garganta estrangulada por la emoción. Terminada la relación de su historia, Zimens me preguntó:

—Ahora, dígame usted, ¿no es verdad que he debido matarme hace tiempo?

Me limité a contestarle:

—Si yo no fuera juez le daría a usted mi revólver.

—El revólver es lo de menos, mi querido señor. Hay cien maneras de matarse. Y, haciendo una genuflexión profunda, se retiró diciendo:

—Me voy con la satisfacción de saber que hay una religión que perdona al pecador y una justicia que absuelve al delicuente... ¡Adiós!

III

Pocas horas después de la extraña visita, la autoridad política me comunicaba la muerte de Julio Zimens en estos parecidos términos: "Señor juez de turno: Acaba de ser conducido al hospital de San Juan de Dios el cadáver del súbdito alemán don Julio Zimens, quien a las once de la mañana de hoy se arrojó del puente de la Parroquia al Huallaga, según referencias de las muchas personas que presenciaron el acto, entre las cuales se encontraban don Fulano y don Zutano. Junto con el cadáver pongo a su disposición un bastón y un paraguas, que el suicida dejó en una de las tribunas del puente. Lo que tengo el honor de comunicarle para que usted se sirva ordenar las medidas del caso".

—¡Qué impresión para usted, doctor!

—¡Qué sarcasmo!—dirá usted, señora.

—¿Y usted fué quien instauró el sumario?

—¡Y quien lo concluyó también!

—Por supuesto, se comprobó el suicidio.

—Sin ninguna duda.

—Trabajo engorroso e inútil.

—¿Por qué señora? Siempre es útil saber la verdad de una muerte. Y más útil todavía saber cómo mata la sociedad y cómo un hombre puede ser juez y reo al mismo tiempo.

Enrique López Albújar

Rilke, el ido

= Uno de los ensayos del excelente libro *Mentira desnuda*. Edición de Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1933 =

Not dead, but gone before...

—No sé, no sé cómo puede vivir así. Y Paul Valéry repetía, consternado, su frase, con la obsesión prendida por el recuerdo reciente de la visita a Rilke.

Veníamos—hace apenas tres meses—en uno de esos vaporcitos blancos, que con su empaque cándido de cisnes egoístas cruzan, como en puntillas, el lago Léman. La orilla desfilaba con un dedo en los labios. Allí, en el otro extremo, bajo aquellas montañas transfiguradas ya en ebúrneos témpanos de hielo, quedaba Rilke; mal cobijado por entre los ruinosos paredones de su torreón de Muzot: la torre mocha, desmantelada y fría, cedida a la penuria del poeta, que había refugiado en ella todo su pavoroso azoramiento de murciélago, entre tinieblas de abandono y soledad.

Allí quedaba Rilke, solo completamente, en un hueco del bosque, esperando el invierno sin los indispensables elementos para comer, beber y arder; olvidado de todos, sintiendo sobre sus espaldas esa capa empapada de relente con la cual le cogía su fiebre, cada día, al anochecer. Allí quedaba su tierna sensibilidad, en carne viva, rodeada de piedras ateridas, de piedras que, al avanzar la otoñada, habrían de erizarse de un frío hostil, enconado y apremiante, cada vez más ávido de hincar sus agujas de frialdad recrudecida. Y Valéry pensaba en todo esto, y en la fragua helada que había de refundir su exacta poesía de invernadero.

El vapor avanzaba hacia Ginebra; todo era, en torno nuestro, tibieza de verano, caricia grata de crepúsculo bien previsto, concertado por la oficiosa dirección de algún buen hotel; el barco, adormecido, se dejaba ir. Mas Valery venía estremecido por ese calofrío que mordía a Rilke. Sobre la tersura del lago, sobre la tensa tela de agua, bien estirada al anochecer, era el único pliegue Valéry.

Acallando sus propias admiraciones, el pasaje se iba replegando, solemne, hacia la borda que costea la montaña, y ésta le obsequiaba con una sonrosada sonrisa que su cotidiana aquiescencia emitía, fugaz, entre dos luces. Yo me había quedado solo a popa, con Valéry. Se han marchado los músicos, enfundando violines que exhalaban todavía una melancolía húmeda. Se ha ido una rubita que tiraba pedazos de pan a las gaviotas. Ha quedado en el aire una gaviota; continúa su vuelo, picando aquí y allá las notas dispersadas que ha dejado, al volcarse en el cielo, el último quejido de los violines. Obcecada y tenaz, da vueltas y más vueltas sobre la estela del barco, ahuecando las alas como bailarín solitario que tararea, interminablemente, algún vals fugitivo por los deslustrados pasillos de su casa.

Valéry conversaba de unas cosas y de otras—de la generación joven en España; de su actitud, por él aconsejada a la de ellos, los simbolistas, etc.—; pero no se le separaba la estampa desolada del poeta que acaba de ver, y en su frente se manifestaba ese torcedor gris...

—Yo no comprendo cómo puede vivir, en esas condiciones, **ce pauvre Rilke!**



Rilke

Por *Friks Hut*

Más aun que en la pura poesía, creo en la pura inteligencia de Valéry. Y eso que él no comprendía, no se podía comprender. Ahora veo cómo, en rigor, este Rilke, que ha muerto hace unos días, ya para entonces había dejado de existir. No estaba muerto, pero ido sí. Era un turbio despojo fantasmal. Vivía, como había vivido siempre, como un trasgo medroso, como un duende: alma en pena que va por dondequiera sin dejar huella de su paso jamás. Acosado por miedos inauditos, por angustias terribles, Rilke, más muerto que vivo, había rodado el mundo proyectando su sombra en los caminos como un rápido avión al cruzar.

Auténtico bohemio, Rainer María Rilke había nacido en Praga, el año 1875. Destinado al ejército por su familia, de rancio abolengo sajón, abandonó Rainer María, bien pronto, esos estudios y marchó a Alemania, publicando, a los diecinueve años, un primer libro de versos. Viaja por Italia y por Rusia, y recala en París, donde se casa. Allí conoce a Rodin, que le hace su secretario y deja bien impresa su huella en la blanda materia poética de Rilke. En doce años de estancia, publica, en París, varios libros, entre ellos los famosos **Cuadernos de Malte Laurids Brigge** (1910). Vuelve a viajar; va a Suecia, a Africa, a Venecia, donde conoce a la Duce, que es como conocer a la propia Venecia aun viva—todo lo medio viva que Venecia puede ser—. Queda algún tiempo retenido por aquella melódica agonía de la lívida laguna, y de una nueva huída viene a Madrid en 1914; por España pasea largo tiempo; pero sin conocer a nadie, ni darse a conocer.

Cuando la más antigua sabiduría intentaba hacer patente la dificultad de comprobar la integridad corporal de una doncella, acudía a imágenes bárbaras, y así afirmaba que del varón no queda más huella que la que de su paso deja el barco en el mar, o el pájaro en los espacios.

Quizá hoy la crítica discreta tenga que recurrir a estas mismas imágenes cuando trate de manifestar el paso de algún poeta por nuestra tierra.

Rainer María Rilke cruzó la España de hace doce años, con ese paso tardo, hueco y sonoro de los altos espíritus errabundos; por ella anduvo; en ella se detuvo, hasta empaparse de esa luz que había ansiado y presentido en la Provenza francesa. De su estancia, sin embargo, no ha quedado en España más rastro que del ave en el cielo o del barco en la mar.

Si la obra de Rilke fué poco conocida entre nosotros, menos lo fué él mismo. Diríase que los que le encontraron olvidáronse de él o murieron.

Cabe una última hipótesis, harto probable, suponer que evitó cuidadosamente los encuentros. Del paso de ese gris peregrino ensimismado no nos queda nada, si no es el remordimiento de no haber acertado a retenerle, y la satisfacción de no haber interceptado su libérrimo fluir por nuestros caminos al sol. El cielo es uno y el mismo en todas partes, y, co-

(*Pasa a la página 284*)

Los libros

(POESIA)

RAINER MARIA RILKE: *Trois lettres à Mme. N.* Avec introduction de la baronné de Brimont. Publicado por primera vez en la *Revue Européenne*. Chez Bernard Grasset.

Muertos —se decía aquí— Liliently hacia 1908, Mehmel, en 1920, y Rilke, en 1927, Stefan George es el poeta que le queda a Alemania.

Pertenece Stefan George al consistorio ecuménico de las "élites" de Europa. Los intelectuales como él son un poco los mandarines de Occidente con su orgullo, torre de nieve, y sus escrituras, garabatos de cigüeña, según el tropo de Lao Tsin. No son siempre accesibles, porque, al fin, son cimas; no lo serán porque el raudal que es brote en lo alto se encharcará por sí en la hondonada. Sin el grano de rareza, sin el de insatisfacción, no ha habido intelectuales ni es posible que los haya. Quien les reproche altivez no yerra tampoco; pero la aristocracia que no se aparte de la vulgaridad como del crimen incruento, no será sino la escoria de sí misma.

Gundolf, evagenlista de George, advierte que para el poeta de los "Himnos", el ser es forma, en bronce, en mármol o en granito, sobre la que el "weerden", o sea el devenir, resbala y no imprime huella.

En el comienzo, pese al "Fausto", de Goethe, como al del "Index Sanitatis", de Filipo Begardj, o al del bachiller de la Tubinga, no fué la acción, sino el verbo.

Nada de lo creado se creó sin el "Et sine ipso factum est nihil quod factum est". Stefan George ha reivindicado con el poder del verbo el orden que descansa en la jerarquía. Gundolf nos dirá, a la alemana, que el poeta de "El tapiz de la vida", "suspende del esse

(*Pasa a la página 285*)

Estampas

A propósito del Segundo Congreso Iberoamericano de Estudiantes

¿La negación de los próceres?...

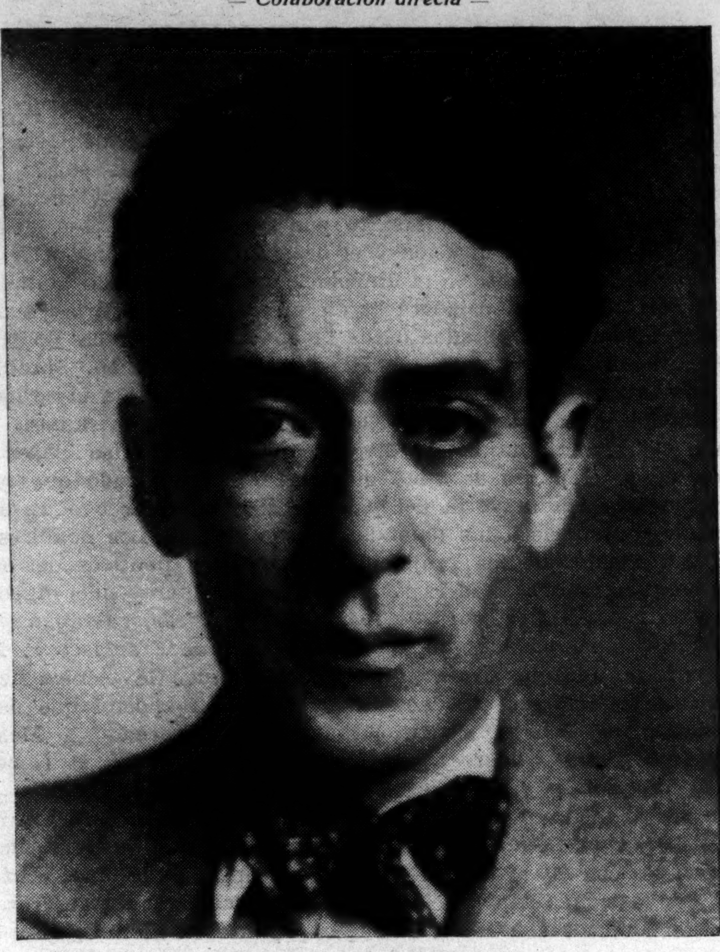
El caso trágico de Puerto Rico

= Colaboración directa =

El movimiento renovador de la juventud del Segundo Congreso Iberoamericano de Estudiantes excluye al prócer. Los mayores no tienen ya enseñanza que dar a la gente menor. El mundo por el cual cada uno de ellos batalló hasta el sacrificio es mundo definitivamente desconectado de este que van viviendo las juventudes unidas en Congresos numerados. Por eso, ¡oh José Martí!, el 19 de mayo en curso habrá olvido en estas juventudes. Pero hay una delegación que sigue teniendo a los próceres como vidas de inspiración fecunda. Jóvenes de Puerto Rico afirman que es táctica del imperialismo acabar con el culto a la gente mayor. Y Puerto Rico es suelo intervenido y su juventud siente cómo es de cruel la penetración de la conquista del invasor extranjero. No quieren las generaciones puertorriqueñas pensar en Jorge Washington teniendo ellas a Eugenio María de Hostos. No quieren rendirle culto a Lincoln olvidando a Baldorioty Castro. Bien hace esta gente antillana y con ella estamos hoy que es norma de los congresistas juveniles exterminar al prócer.

Puerto Rico lucha por su libertad y a luchar ha mandado inteligencias al Congreso. Será la nota lúgubre, pero la única nota honda, salida de una entraña que siente. "Ni un átomo de lacayo—cita de Martí — tuvo en vida el previsor portorriqueño, el invencible Baldorioty Castro". Y estas generaciones esclavizadas que creen en el prócer todavía, han ido de seguro a buscar a Martí para ir de su mano al corazón de Baldorioty Castro. Les ha dicho el cubano libertador que "el lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder". Y ellas lo han creído y responden al esclavizador oponiéndole almas reacias a todo descastamiento. Martí el prócer inspira la lucha. A su tiempo escribió lo que debía escribir para orientar conciencias. Visión clara y honda en el porvenir. Olvidar sería ceguera. Y el puertorriqueño no nació para ser ciego.

No quiere ser ciego el puertorriqueño y vive las enseñanzas de sus mayores. Grande fué Baldorioty Castro y no ha de arrancárselo el imperialismo al puertorriqueño. "Era el hombre—cita de Martí—íntegro a quien saludaban; al que en su carne misma se sentía mermado y como si le bebieran la sangre de su corazón, cuando se burlaba un derecho, o se lastimaba la hombría, o se humillaba en alma o cuerpo, o en algún modo se acortaba y empequeñedía la naturaleza libre de cualquiera otro hombre. Era al que vió el látigo alzado sobre el esclavo indefenso, sobre el esclavo del color mismo de su santo maestro Rafael, y con sus manos flacas peleó hasta que le quitó al amo el azote y sentó al esclavo al lado de su amo. Era al que con la mirada continental, cuando lo mandó la colonia, por cumplimiento manso al país, a estudiar la exposición francesa, volvió los ojos al mundo de su esperanza y su cariño, el mundo cordial y grandioso de nuestras Repúblicas unidas, y levantó en el corazón encendido de Europa el canto americano. Era al que, con el porvenir de guía invisible, fué hablando por las islas que juntas se han de salvar, o han de perecer juntas, la palabra futura que en su día, cuando el viento se lleve la podredumbre colonial que no deja ver aún el oro del país, congregará a las islas hermanas, como ya las congrega ante el "altar de la patria"; era al defensor pobre de su patria vejada, de su patria enmudecida, de su patria azotada, de su patria torturada, de su patria ensangrentada, que sólo reconocía el tribunal inicuo para poder defender ante él la patria. Era el criollo leal que conoció, con su sabiduría verdadera, la composición americana, y peculiar del país en que vivía, y el fin moral y necesario a que la habían de llevar sus elementos; y no se puso sobre ellos de obstáculo, ni se empeñó en uncirlos a una me-



Vicente Lombardo Toledano

Al darle un abrazo efusivo, hemos abrazado a un viejo amigo y estimador que ya queríamos conocer. Curioso, andariego, flexible, ha recorrido ya mucho de su América. No conocía esto; la ocasión se le presentó, dió un salto y aquí lo tenemos ahora como asesor de los jóvenes mexicanos que han asistido al Segundo Congreso Iberoamericano de Estudiantes reunido en esta ciudad de San José del 7 al 14 de mayo en curso.

Hemos conversado con él. Da gusto oírlo. Sobrio, sencillo, sin alardes ni pedanterías se plantea los problemas sociales de su México con claridad y eficacia. Hay calor en su corazón cuando a estos países se refiere. Ha organizado, ha creado ya en su patria empresas populares de trabajo y de cultura, y desea extenderlas a estas patrias, que también son suyas.

Si los jóvenes estudiantes del Congreso han escuchado con devoción a Lombardo Toledano, Maestro sereno y emotivo de la juventud mexicana, consideramos como afortunados estos días para ellos. Entonces ya podrán entender mejor los problemas de cultura y economía que han de resolverse, y con el impulso que su palabra les haya dado, doblarse a estudiar en serio, en amistad y diálogo constructivos.

México en 1933

= Especial para el *Rep. Am.* =

Al llegar a Costa Rica me he dado cuenta de la desorientación que existe entre los hombres que siguen con interés la evolución de México, respecto de la situación de mi país en los últimos diez años. En Guatemala, en El Salvador, en Honduras en toda Centroamérica ocurre lo propio. Aprovecho, pues, la alta tribuna del **Repertorio Americano** para dar a conocer la verdad sin eufemismos, con la sinceridad que me impone mi convicción de socialista y de mexicano inconforme con el rumbo que ha tomado el Gobierno de México en los últimos tiempos; pero sin pasiones bastardas, sin rencores, observando de un modo objetivo, impersonal y severo, el curso de los hombres y de las cosas.

La Revolución iniciada en 1910 tuvo dos propósitos fundamentales: restablecer el imperio del sistema democrático de Gobierno, respetando el voto popular e impidiendo el continuismo de los hombres en el Poder, y elevar las condiciones económicas y espirituales de los campesinos y de los obreros. Durante el desarrollo de la lucha armada y de las ideas que la misma Revolución producía, fué gestándose otro propósito: el transformar las instituciones socia-

(*Pasa a la página siguiente*)

trópoli fatalmente retrógrada, ni a un vecino esencialmente hostil y diverso, sino que, en vez de valerse del país para desnaturalizarlo y traicionarlo, en vez de utilizar las condiciones existentes para impedir su desarrollo natural y sus fines históricos, acató las condiciones existentes y se valió de ellas para conformar el país a sus elementos, para acomodar la política a la verdad, para fundar el porvenir en el trabajo directo y en el cariño de los hombres, para preparar el país a sus fines naturales. La autonomía no fué para él un cambio de vinos con los generales amenos que mandan a ahorcar mañana a aquel con quien jugaban al ajedrez ayer, sino la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades, que lo encontraron siempre a su cabeza, porque nunca fué tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese más lejos que ella".

El delegado puertorriqueño dijo con acierto grande que la negación del prócer en estos pueblos es táctica imperialista. Cosa cierta, porque el prócer encarna todas las rebeldías contra la opresión extraña o propia. Leyendo el relato hondo de Martí comprende uno por qué el puertorriqueño vive apegado a sus mayores y se inspira en sus hechos para combatir al colonizador yanqui. Se explica uno por qué el colonizador no quiere al prócer y le excluye de la educación de los pueblos que sojuzga. El prócer es la figura que más afirma el amor a la libertad. Pero hay que entender que prócer no es todo hombre con estatua. Prócer es el creador de patrias, o de pueblos si se quiere. En la vida de Puerto Rico, Román Baldorioty Castro es prócer y está excluído de la estimación imperialista.

Estiman las agencias imperialistas a los hombres que no dan a los pueblos un sentido profundo de la libertad. Para esas agencias el descastado es la figura digna de todas las exaltaciones. Pero también tratan ellas de apoderarse de nuestros grandes hombres para desfigurarlos, para romperles el valor real que tienen como mentores de estos pueblos. Contra esta táctica imperialista hay que estar alerta. Ya lo hemos afirmado que no pedimos a las agencias imperialistas que regulen ni administren la gloria de nuestros mayores. Sólo nuestra defensa contra el imperialismo desentrañará el significado que esas vidas nos dejaron como enseñanza. El puertorriqueño lo sabe y vive de sus próceres. La tragedia de ese pueblo antillano es enorme. Y no ha podido el yanqui con años largos de ocupación borrar la nacionalidad. Cada generación se afirma en el ejemplo de los mayores y continúa reacia a la penetración. La voz conmovedora del delegado oída en la sesión inaugural del Congreso hace pensar en un pueblo grande. Hace pensar en lo certero de la política del colonizador tratando de exterminar de la educación el culto al prócer. Es el descastamiento impuesto por el esclavizador que necesita unidades indiferentes al sentido de la libertad.

No está nuestro espíritu con la fe regada en lo bueno que hará el Congreso de Estudiantes en su semana de sesiones. Ni siquiera ha dejado de ver como mero cumplimiento el elogio del delegado mexicano que situó en nuestro suelo la aparición de la nueva raza de pobladores del mundo. Pero vislumbramos una acción resuelta en favor de la independencia de Puerto Rico. El puertorriqueño no ha venido a asomarse a un panorama tropical. Ha venido a decirnos que no podemos ser indiferentes a su esclavitud porque las mismas fuerzas de conquista que mantienen a Puerto Rico sojuzgado, son las que corren desatadas por la América nuestra. Indiferencia por la suerte de las Antillas, es llamada para que se nos aplique el mismo humillante racero. De seguro no hay en este Congreso otra cuestión de mayor importancia. Todo lo demás debía ser simplemente camino para el acuerdo colectivo en la obra de redención puertorriqueña.

Pero nos hacemos ilusiones. Ya oímos la negación del prócer y las generaciones de Puerto Rico viven de las enseñanzas de sus próceres. Lo que ellos les dejaron construye la conciencia de esas generaciones. El juicio de Martí sobre Baldorioty es digno de darse a conocer para que adivinen los indiferentes de dónde arranca una fe tan profunda del puertorriqueño en su redención. Darlo a conocer para afirmar que en los mayores obró la vida prodigios para que crearan mundos de los cuales no podemos renegar. Esos mundos y los que queremos crear tienen iguales órbitas y los rige una gravedad unificadora. Las juventudes reunidas en Congresos están llamadas a hacer cosas buenas. Es cierto que se oficializan bastante y pierden espontaneidad. Pero algo realizan. Y si hay una delegación que acudió a algo más que a dar un paseo, lo

México en 1933...

(Viene de la página anterior)

les existentes hasta llegar a un régimen socialista de Gobierno. ¿Cuál ha sido el resultado de estos tres grandes anhelos? ¿Qué cifras arroja la balanza del vehemente y profundo movimiento popular que ha conmovido a México por largos veinte años, despertando el interés, la admiración y el desprecio del extranjero?

En el campo político, la Revolución no ha logrado completamente su objeto. La democracia en un país de mayorías analfabetas y de masas explotadas desde la época prehispánica, no puede convertirse súbitamente en la estructura de la nación. Sin libertad económica, la libertad política es una simple falacia y como los cambios de los sistemas de Gobierno y de los gobernantes han dejado casi intacta la honda división que separa a las clases sociales, desde el punto de vista material, el proletariado que constituye la inmensa mayoría del país ha sido indiferente o ha dado un valor secundario a las llamadas luchas cívicas. Los hombres de 1910 depositarios de los prejuicios filosóficos y políticos del siglo XVII, enarbolaron la bandera del sufragio libre creyendo ingenuamente en que las soluciones de forma, las políticas, bastaban para satisfacer las necesidades populares. A partir de Francisco I. Madero, que no fué electo por el pueblo respetando la técnica de la ley electoral, sino que fué aclamado como un apóstol que debía reemplazar al dictador Porfirio Díaz, han gobernado a México otros tres grandes líderes: don Venustiano Carranza, el General Alvaro Obregón y el General Plutarco Elías Calles. Ninguno fué electo precisamente dentro del sistema electoral: los tres fueron respaldados por la fuerza de las masas sedientas de justicia social, apoyándolos con las armas en la mano en contra de la clase latifundista y de los comerciantes e industriales mexicanos y extranjeros. El aparente funcionamiento del sufragio popular en México, ante los informes de los triunfos ruidosos de sus últimos gobernantes, no debe engañar: los capitalistas, los conservadores y los políticos enemigos del progreso del proletariado, no han participado desde 1913 en ninguna de las elecciones habidas en México y si hubieran intervenido en ellas sus votos habrían sido nulificados por el número abrumador de los otros; la democracia mexicana ha sido el triunfo de la clase trabajadora y de quienes han ofrecido servirla, con el ropaje de la victoria cívica, doblegando por la fuerza de su empuje a sus opositores. Es ya un lugar común en México decir que sólo tienen derecho a gobernar los revolucionarios y nadie se atreve a discutir este hecho que ha engendrado la teoría correspondiente de que si el proletariado forma la mayoría del pueblo, a priori puede declararse la justificación de la permanencia en el Gobierno de los representantes del proletariado.

Por estas razones no puede hablarse de la democracia mexicana como de un sistema de Gobierno dentro de la pureza de las fórmulas abstractas. Lo interesante estriba entonces en saber hasta qué punto los líderes, representantes del proletariado, han satisfecho los propósitos de sus mandantes, lo que equivale a juzgar el segundo aspecto de la Revolución. ¿Ha triunfado éste o se ha detenido a medio camino como el primero? Sería injusto y hasta absurdo declarar la bancarrota de la Revolución como tendencia a mejorar las condiciones materiales y espirituales de las masas. La Ley de 6 de enero de 1915, incorporada en el artículo 27 de la Constitución de 1917, y este mismo precepto, acuerdan el reparto de las tierras a los campesinos, expropiando y dividiendo los latifundios y devolviendo a las comunidades agrarias las tierras que como fundos y ejidos les habían pertenecido en otras épocas. Desde que llegó el General Obregón al poder, en 1921, se empezó a cumplir fielmente con la legislación agraria: si bien es cierto que faltan todavía muchos pueblos y grupos de campesinos por recibir tierras, muchos más las tienen. Lo grave del caso es que los campesinos no han recibido sino el mínimo fijado por la ley y que la economía agraria no está organizada. La tierra desnuda no basta para independizar a quien la posee; sin arados, sin animales de tracción o máquinas, sin buenas semillas, sin crédito, en suma, y sin un plan general que organice la producción agrícola, que señale los cultivos de mayor rendimiento y que defienda la producción de los ejidos del hacendado y de los agiotistas que acaparan las cosechas y explotan comercialmente a los campesinos, el reparto de tierras, puede ser no más un pequeño éxito a la postre,

(Pasa a la página siguiente)

natural es rodearla y salir del Congreso con el propósito grande de trabajar por lo que fué aspiración de esa delegación.

Escribimos sin pensar en dar consejos. Nuestra curiosidad nos acerca a toda inquietud. Y si notamos en esa inquietud grandeza, lo decimos para contribuir a que no se malogre. El Congreso de Estudiantes puede hacer obra valedera. Algunos mozos estarán allí como estarían en cualquier espectáculo. Pero otros quieren dar el fruto de sus meditaciones. A estos precisa hablarles con Martí, el prócer libertador. Va a celebrarse un nuevo aniversario de la muerte del cubano visionario y como esta América nuestra lo lleva en la entraña, mucho bien se hace a las mocedades con recordarles que hay en él enseñanzas que no pueden desdeñarse. Digamos a esas mocedades que Martí es prócer y nos dijo: "De hombres reales y originales necesita la América envenenada ya con tanto injerto; de hombres puros y cordiales. . . ; de hombres tiernos y creadores necesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha. Los tres pueblos hemanos, las tres islas que se han de salvar juntas, o juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores, en la fiesta de Azua, al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro".

Puede que no en todos los jóvenes entre la extraña corriente renovadora diseminada desde el Congreso de acabar con el ejemplo de los próceres. Puede que algunos quieran inspirarse en Martí para defenderse de la absorción de tanta fuerza imperialista que nos azota tenazmente.

Juan del Camino

Costa Rica y mayo de 1933.

México en 1933...

(*Viene de la página anterior*)

aunque ya es tarde para un movimiento de reacción que las masas no tolerarían: la primera parte del problema agrario se ha cumplido, el reparto de tierras, que debe extenderse a todas las corporaciones que aún carecen de ellas; pero falta la segunda que puede formularse en un dilema: o la economía agraria del país se basa en la producción de los ejidos o la hacienda aniquilará a buena parte de los ejidos volviendo a explotar a sus poseedores como peones asalariados. El Gobierno del General Calles inició la educación técnica de los campesinos y fundó el Banco Nacional de Crédito Agrícola, con el fin de resolver esta segunda parte del problema: la enseñanza agrícola ha tropezado con serias dificultades y el dinero prestado a los ejidos equivale a una gota de agua en labios de un sediento de varios días.

En cuanto a los obreros, la legislación que los protege ocupa el primer lugar en América. La Ley Federal de Trabajo que tiene dos años de estar en vigor y que derogó a todas las leyes expedidas por las legislaturas de los Estados, conculca muchos de los derechos que la clase obrera había logrado alcanzar e imponer a los patrones creando un robusto derecho consuetudinario obrero; pero, en cambio, entre la situación de hoy y la de 1910, no cabe la comparación siquiera: en la época de Porfirio Díaz en las haciendas y en las fábricas había cárceles para los obreros, carecían éstos del derecho de asociación profesional y la huelga era considerada como un delito. Los salarios de algunas de las ramas de la industria son mucho más altos de que los de hace diez años; pero en esta materia es en la que existe más atraso: como la economía del país descansa aún en la libre concurrencia y no existe una ley que limite los derechos del patrón como propietario de su negocio, a pesar de la ley del salario mínimo éste se fija por la oferta y la demanda, debido a lo cual en esta época de crisis miles y miles de trabajadores no calificados reciben salarios que no les bastan para comer. Sin embargo, los obreros organizados tienen otras ventajas materiales: atención médica y medicinas, indemnizaciones por causa de despido injustificado, por riesgos profesionales, y por otras responsabilidades en que incurra el patrón, contratos colectivos de trabajo que implican el derecho permanente al trabajo en tanto que no cambien las condiciones normales de la industria, en muchos casos el control de la mano de obra y el derecho de huelga sin que pueda oponérseles, como en ciertos países europeos, el lock-out.

De esta exposición brevísima, esquemática, de la situación de la clase trabajadora de México, podría inferirse quizá que su progreso es casi nulo, y así es juzgando más por lo que se necesita hacer que por lo que se ha hecho; pero en donde radica el verdadero avance del proletariado no es en su situación material sino en la fuerza moral e ideológica que representa en el país. Entre los obreros alcoholizados, apáticos, timoratos y dispersos de hace quince años y los obreros de hoy, existe un abismo: el progreso no sólo se nota en la colectividad sino también en las personas que ante los ojos de los mismos que viven en México se superan constantemente. Anarquista en su origen, la clase obrera ha pasado sucesivamente por los períodos de su intervención en la política militante del país, para llegar al estado en que se halla y que significa una abstención pasajera en las lides electorales, para robustecer su conciencia de clase, educar a la generación joven en la doctrina socialista y señalar al Gobierno reformas de fondo al régimen que prevalece, para garantizar al proletariado la posibilidad del desarrollo de su fuerza, y esperar el momento oportuno en que debido al proceso histórico del régimen capitalista pueda la misma clase obrera asumir la responsabilidad completa del Estado.

Muchos suponen en el extranjero que México vive actualmente un momento difícil, de postración, de indiferencia, de desaliento, a causa de los abusos de los gobernantes y que reina en el país una tiranía semejante a la de Ubico en Guatemala o la de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Esta opinión es falsa: es cierto que la prevaricación de algunos de los próceres de la Revolución les ha hecho olvidar sus primeras promesas y que enriquecidos en los puestos públicos no tienen ni deseos de seguir luchando por la transformación de las instituciones sociales ni permiten que otros elementos compartan con ellos el Poder o los reemplacen en el manejo de la nación; pero justamente por estos motivos la clase obrera es más lúcida que nunca, la masa estudiantil más enérgica y rebelde que en años anteriores y el espíritu general del pueblo más certero en sus convicciones y más exigente en sus demandas. La Revolución no ha construído nada definitivo en lo material; pero ha edificado un México espiritual nuevo, poderoso, limpio y ágil que ha de obrar en el instante propicio para cumplir el programa inconcluso. Este México no se puede apreciar en fotografías ni en las estadísticas, ni en los desahogos de los fracasados, ni tampoco en los ditirambos de los que disfrutan del Gobierno y pretenden hasta levantar un monumento gigantesco a la Revolución triunfante.

La Revolución no ha triunfado hasta hoy plenamente. Juzgada en su tercer aspecto, como una substitución del régimen capitalista por el socialista, puede decirse que nunca ha existido; pero como fuerza consciente de porvenir inmediato y como reserva moral y mental para el país, la Revolución vive ahora su verdadera juventud, fecunda en promesas y en hechos futuros, precisos y eficaces, purgada ya de actitudes románticas, de ideas inútiles y de métodos confusos.

La labor educativa realizada por el Gobierno ha contribuido a despertar este estado del espíritu público. Desde 1921 hasta hoy es honrado confesar que todos los gobernantes de México se han esforzado por multiplicar las escuelas, por crear centros de orientación para las diversas necesidades de los núcleos de campesinos, por mejorar la condición económica de los maestros y su preparación cultural, por crear instituciones de enseñanza técnica que aumente la capacidad de los obreros por difundir el libro, por cultivar el sentido estético de las masas, por independizar la enseñanza universitaria de la política militante, por suprimir las escuelas profesionales y obligar a todas las privadas a seguir la orientación de las que el Estado sostiene. Esta cruzada permanente en favor de la cultura popular y de la orientación social de la enseñanza, está hoy en su mejor época.

En suma: la Revolución como intento de realización del régimen democrático puro de Gobierno, ha fracasado; México sigue siendo un país de caudillos, no un país de tiranos. El grupo que detenta el Poder usa de las formas electorales como simples envolturas para no colocarse voluntariamente en el papel del delincuente que confiesa su falta. Al proletariado no le interesan tanto las personas que gobiernan como el uso que hacen del Poder; por eso espera más de su mejoría económica que de sus libertades políticas. Como liberación económica de la clase trabajadora la Revolución ha hecho poco; como liberación espiritual de las masas ha conseguido un gran éxito. El ánimo público de hoy representa una fuerza consciente, experimentada y resuelta a la acción.

Creo que en ningún país de América se vive la vida tan intensa y tan llena de promesas que México tiene. Si la Revolución de 1910 no ha triunfado del todo, la revolución de mañana ha de tener una verdadera importancia para el Continente Americano y ha de constituir un ejemplo para Europa en muchos de sus aspectos.

El México de 1933 no podría ya admitir tiranos: si es cierto que los tiranos envilecen a los pueblos, también es verdad que los pueblos hacen las tiranías. Mi país enterró el espíritu servil hace dos décadas y vive hoy preparando un mundo totalmente nuevo.

Vicente Lombardo Toledano

San José, Costa Rica. 10 de Mayo 1933.

Rilke, el ido...

(Viene de la página 280)

mo antes, ahora insensible al rasgueo de un ave. El mar se apresura también a borrar el temblor de toda estela inquietante.

Mas el barco, peregrino del agua, arriba con el pecho constelado de conchas recién logradas; y el pájaro guarda seguramente en su pico ese jirón de cielo que él, como rayo de sol, ha podido penetrar sin mancillarlo.

Eso quedó de Rilke: una huella en el cielo. Para nosotros fué poco. Para él, mucho. Oídle:

Qui nous dit que tout disparaisse?
de l'oiseau que tu blesses
qui sait s'il ne reste le vol?

Pero es muy posible que, húngaro trashumante, Rilke, el poeta de Praga, se haya llevado algo nuestro a cambio de lo que hoy no hallamos y dejó. "Todas las cosas a las cuales me doy, me enriquecen y me gastan", ha dicho.

Como el niño debajo de la mesa de que hablan sus **Cuadernos,** Rilke, en la obscuridad, se esfuerza por ver cada vez más claro. Rilke es el simbolista brumoso que teme concretar en palabras la dura realidad capaz de hacer saltar el encanto; pero a quien obsede, por eso mismo, la idea de esclarecer, de precisar sus imprecisiones haciéndolas precisamente más imprecisas; quiero decir, menos triviales, menos confusas. Y, así, viene a España, buscando más luz, y se vuelve, con el destello, a Francia; a complacerse, pero no a nacionalizarse, por las mismas razones que no lo hizo Heine, quizá.

Todo genio propende a vagar siempre tercamente embozado en sí mismo, como Saturno en su anillo. Cuando va dando vueltas por el mundo, en su ensueño lo único que va girando a su alrededor. Para Rilke, sin embargo, el mundo exterior existe. No es un escritor de recuerdos exactos, sino de evocaciones sugeridas, decantadas; su poesía no está integrada, ya, de sentimientos, y sí de experiencias. En resumen: Rilke, que hubiera encontrado en Francia los lectores de Maeterlinck, por ejemplo, ha encontrado propicios a los de Valéry.

Y yo quisiera preguntar:—¿Qué se hizo, asimilada, transformada, aquella dura claridad de nuestro cielo, que un día Rilke, ávido, vino a aspirar? ¿De dónde obtuvo esos finos destellos de diamante en que cristaliza su último verso cuando canta el sopor de la mujer adormecida...? Algo veo brillar en el pico del ave, y no sé si es un reflejo o si es un grano de trigo... ¿No ha dicho el propio Rilke, también, que, cuando él llegaba a un sitio, lanzaba penetrantes sus sentidos, por dondequiera, como pájaros en el cielo tornadizo?

Pasa el tiempo, y, por último, la guerra le refugia en Suiza. Permanece ahí encenagado, a la sombra del muro de Muzot, cerca de Montreux. Fruto de esos últimos tiempos es un libro de poemas escritos en francés. Bajo una tersa cubierta de verde manzana, ofrece el blanco mate de este libro una pulpa fresca, tierna y fragante donde se ahincan, con fruición deleitosa, los ojos del lector. Cruje, al sentirse mordida, esa lozana poesía de sus páginas, rezumando un jugo del más auténtico sabor, del más indudable... Y, sin embargo, hay en estos **Vergers** unas turbias tollas verdinegras, en las cuales, a poco que se avance, se pierde pie.

Como su fiel amigo, el alucinado Verhaeren, Rilke debió de parecer a los que lo encontraron por la vida, un pobre ser chiflado, "ido", como dirían de él los madrileños que se lo tropezaron por las calles de aquí. Acuciado por una desazón constante, Rilke vagó hacia todas partes, bordeando el misterio, rumiando una obsesión trina: Dios, la muerte, la mujer. Arrastrando, a tirones, una sombra, que si hoy se le ha recogido, como un perro, a los pies, se le fué largos años desflecando en todos los guijarros de los caminos. Rilke ha ido siempre, de un lado para otro, estremeciéndose—hoja en el árbol—al más ligero viento, dejándose—hoja caída—llevar de aquí para allá. De una vez para siempre está ya allá. Pero, en todo momento, le acompañó esa terrible soledad que él ha notado en los agonizantes, a los cuales el mundo se les puebla de seres desesperadamente extraños porque "no reconocen ya".

Debemos sospechar que desde hace algún tiempo, Rilke no reconocía ya. Veíase encumbrado, como Stefan George o Hugo Hofmannsthal, mas rehusaba todo lauro, con ese gesto evasivo que le era peculiar. La gloria misma se le parecía como "la suma de todos los equívocos que se congregan en torno a un nombre nuevo". Las cosas de este mundo apenas encontraban eco en él ya. A fuerza de jugar al fantasma, se había convertido en fantasma, como quiere Hugo. Era uno de esos muertos vivos que vagan por las brumosas páginas de sus libros; era uno de esos hombres que, según su expresión, llevan durante toda la vida escondida su propia muerte, como lleva la fruta su hueso recóndito. Rilke creía en "su muerte", y, en trance de agonía, se negó a que le fueran puestas inyecciones, para no morir de "la muerte de los médicos", como dijo, sino de la suya propia, que traía consigo, y que había vivido muriendo siempre con él. Todo confirma en Rilke la existencia de un poso de ideas y creencias populares, de sabiduría secular. No son sólo los místicos de nuestra paramera. Séneca expresaba la muerte diciendo: "No murió, se fué primero". En Inglaterra, este aforismo ha cuajado en proverbio, por el cual se trata de afirmar que los muertos no se han muerto realmente, sino que nos han precedido en el camino que emprenderemos los demás. Cierto que todo muerto nos antecede, pero dijérase también que algunos anticipan su ida antes de que haya concluído su transcurso vital. Eso podemos afirmar de Rilke, ahora que ya no es ni sombra de la sombra que fué.

Un día nos reunió Maurice Betz, a un grupo de escritores de diversos países, en un número homenaje de sus **Cahiers du mois**, titulado **Reconnaissance á Rilke.** Marchaba a la cabeza Paul Valéry; un pelotón de jóvenes seguía después. Y no sé por qué, he sentido que este entusiasta tributo no alcanzó verdaderamente a Rilke, a pesar de llegar el cuaderno a sus manos. Sí, fué en vano: al buscarle, en su bosque, el equipo sólo pudo atisbar un ligero temblor en las ramas, la forma de una huída, quizá. Rilke era un ente fugaz, tímido, inofensivo, sobremanera recatado y espantadizo. Traía, a semejanza de su empresa—partido en plata y ónix, con dos lebreles rampantes—el flanco partido en pal, y lúgubres lebreles al acoso, ávidos de aullar. Tenía además, en la fisonomía, un pronunciado aspecto de ciervo herido; ojos húmedos y redondos, y "en la mirada, todavía el temor y el azul de la infancia", como ha dicho él mismo.

Imagino su espanto, su emoción cerval y su fuga de Acteón perseguido. Rilke debió escapar al primer susurro, estremecido, quebrando ramas tiernas, por entre las espesuras del Valais. El hecho es que, en rigor, cuando el tropel apresurado se internó por el bosque, cordialmente, clamando tras de él, ya era ido.

(1926) **Antonio Marichalar**

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras).

Libros y autores modernos. (Siglos XVIII y XIX). Por César Barja, University of California at Los Angeles. Edición revisada y completada. Los Angeles, California. 1933.

Bibliografía de Enrique José Varona. Por el Dr. Fermín Peraza y Sarausa. 1932. Habana.

Con el autor: Flores No. 37. Santos Suárez. La Habana, Cuba.

En la «Colección cubana de libros y documentos inéditos o raros», dirigida por Fernando Ortiz. Vol. II.

A. Martínez Orozco: *La voz de la tierra.* Editorial América, Cali. Colombia. 1932.

Gonzalo Dobles: *Estampas del camino.* Poemas. San José de Costa Rica. Imp. Trejos. 1933.

El último filibustero. (William Walker). Five or none. Novela histórica, por Pedro Joaquín Chamorro. Managua, Nicaragua. 1933.

Hilaire Belloc: *María Antonieta.* Traducido del inglés por Damaso Alonso. ESPASA-CALPE. Madrid. 1933.

En la serie «Vidas extraordinarias».

Otras vidas de la serie:

Juana la Loca, por Luis Pfandl.
La vida trágica de la Emperatriz Carlota, por Armand Praviel.
César Borgia, por Raúl Rival.

Miguel Angel Asturias: *Legéndes du Guatémala.* (Traduites par M. Francis De Miomandre). Lettre-préface de Paul Valéry. «Les Cahiers du Sud». Marseille. 1932.

Donación del traductor.

Rafael Lozano: *Euterpe.* 1919—Poesías sobre motivos musicales—1929.

Ediciones del Bloque de Obreros Intelectuales de México. 1930.

Rosas negras. Por Porfirio Barba Jacob. Guatemala. 1933.

Eugenio Orrego Vicuña: *Vicuña Mackenna* Vida y trabajos. Prensa de la Universidad de Chile. 1932.

Anales de la Universidad de Chile: *Homenaje a Vicuña Mackenna.* En dos tomos.

Por encargo del Rector de la Universidad, hace el envío la Sección Canje y Publicaciones de la Universidad de Chile.

Con el Director de Publicaciones: casilla 10 D. Santiago de Chile.

Fauna contemporánea. Por Benjamín Jarnés. Ensayos breves. ESPASA-CALPE. Madrid. 1933.

B. Sanín Cano: *Indagaciones e imágenes.* Núm. 22 de las Ediciones «Colombia». 1926.

Lucilo Pedro Herrera: *Poesías.* (Antología Hispano-Americana). Buenos Aires. 1932.

Con el autor: Rivadavia 90.Quilmes, Rep. Argentina.

Abel López Gómez: *Las ventanas del día.* En preciosa edición de la Editorial Cromos. Bogotá. Decoraciones de José Restrepo Rivera.

Nos tocó el ejpr. Núm. 168.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Los libros...

(Viene de la página 280)

todo el "operari" y cuelga de lo inmóvil, todo lo contingente".

Esta doctrina de George era también la de Reiner María Rilke.

La vida del poeta se extingue a fines del año 1923. "El 19 de diciembre, rememora la baronesa de Brimont, traza para una amiga distante algunas palabras "con mano que lo inconmensurable hacía temblar y languidecer". Dicta, aun en medio de torturas indecibles, su última traducción de un poema de P. Valéry. Y a la muerte, estoicamente aceptada, no opone más que silencio.

En estas cartas el autor de los "Sonetos a Orfeo" y de las "Elegías" logra modulaciones tan puras como en sus versos.

El hilo de oro del laberinto de Rilke está, según la baronesa de Brimont, en los cuadernos de Malte Lauridge Brigge, en que se evocan momentos de infancia en la morada ancestral de Urnekloster, y se juega al enigma con la sombra amable de Abelone. Cantando a media voz su retiro, se recrea Rilke en el tropo de la "Soledad Sonora", de San Juan de la Cruz, a quien cita. He aquí en otra carta de bienvenida a la primavera esa pulcritud en que lo absoluto pone un reflejo.

Se osa apenas trasladar impíamente a otro idioma esas composiciones de cámara de Rilke cuyos "scherzos" ríen en la cuerda grave bajo el arco del estilista. Veamos:

"Mi querida y encantadora amiga: Habéis ya oído al inagotable cuco de este año. Fué el 25 de abril cuando su voz me sedujo la vez primera; voz que para mí contiene, más que otra alguna, riesgo y astucia de la primavera, y melancolía turbadora del reverdecer. La primera u en las vocalizaciones del año ha sido ya redoblada y pronunciada. Dios mío, ¡y con qué impertinencia de cosa que vuela y nos huye! Todo se instala; pero en ese grito reiterado del cuco hay ya como una declaración de amor pasajero.

"¡Ah cuánta ligereza, cuánta prodigiosa indiferencia del pájaro que promete, que promete, que promete demasiado! (Comparadlo a la tenacidad amorosa de la tórtola). Me he sentido siempre tentado a comparar estos gritos del cuco a guantes suaves, a guantes grises lanzados en el espacio a cuantas manos quisieran asir lo inaprensible. (Se me creerá). He aquí este pájaro burlón, que distribuye estos guantes dulces abundantemente. Mallarmé hubiera podido formar para siempre ese cuco, constelación cuya imagen me persigue desde hace tantas primaveras. Fué él, él tan sólo, quien nos supo dar la poyección de las cosas. Su valor sideral, ese contorno imaginario que las contiene sin retenerlas, que las devuelve más que las apresa, y que ensalza después de haberlas infinitamente soportado, el lado inconmensurable, su fatal y orgulloso desasimiento. Si hubiera un firmamento para el oído como hay uno para el éxtasis de los ojos, ¿no creéis que la voz del cuco figuraría en él entre las constelaciones primaverales? ¡Qué curva melodiosa inscribiría en la bóveda de ese cielo auditivo?"

No se puede, en verdad, recibir en verso a la primavera con una bienvenida más noble.

Trajimos a esta página un pasaje del ensayo "Je disais quelquefois a Stephane Mallarmé", de Paul Valéry.

"Yo le decía a veces a Stephane Mallarmé: "El uno os responde, el otro os veja. Irritáis; producís lástima. El cronista, a vuestra costa, divierte fácilmente al universo, y vuestros amigos dan muestras de perplejidad. Pero sabed, experimentad esto: que hay en cada ciudad de Francia un muchacho secreto que se dejaría matar por vuestros versos y por vos. Sois su orgullo, su misterio su vicio. Se aisla de todos en el amor no compartido y en la confidencia de vuestra obra, difícil de encontrar, de oír y de defender".

A la sombra elísea de Rilke se le puede interpelar alguna vez así. Hoy, por ejemplo, después de una lectura, con retrocesos morosos, de esas cartas que la baronesa de Brimont prologa.

Pedro Mourlane Michelena



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común

= De la excelente *Revista de Educación*, órgano del Consejo Nacional de Educación de la República Dominicana. En el N.º 16 del año IV =

(Concluye. Véase la entrega anterior)

¿Cómo habremos entonces de enseñar literatura en nuestras escuelas secundarias? Del único modo posible: poniendo al estudiante en contacto con grandes obras. Es así como se procede en Francia y en Inglaterra, en Alemania y en Escandinavia. Es así como se procede, desde 1925, en el Colegio de la Universidad de La Plata; me contenta el no ser ajeno a la innovación. En nuestros pueblos de la América española, esta manera de enseñanza demanda gran atención del profesor: hay que acostumbrar al estudiante a leer mucho y hay que comprobar que lee; hay que habituarlo a la lectura de obras difíciles, allanándole la vía con explicaciones y aclaraciones de orden histórico y lingüístico, pero también haciéndole comprender que nada de sólido y de duradero se alcanza sin trabajo.

No hay diferencia de forma entre la enseñanza literaria del colegio secundario y la de las escuelas primarias: una y otra se fundan en la lectura, en el conocimiento directo de buenos autores. En el Colegio de la Universidad de La Plata, mediante otra innovación nuestra de estos últimos años, la enseñanza literaria comienza desde el primer curso de idioma castellano, con lecturas sistemáticas, unas que debe hacer el alumno en la clase y otras en la casa; en los dos cursos posteriores, las lecturas aumentan progresivamente (en el tercer año deben leerse cuatro libros) hasta llegar a las puertas del primer curso de literatura. Paralelamente, el ejercicio de la composición en clase, corregida después por el profesor, lleva como propósito dar soltura al estudiante en el manejo de su idioma. Concedemos, pues, toda su importancia a la lectura literaria y al trabajo personal de composición, vale decir, a la práctica del lenguaje culto, procurando que con ella penetre la regla viva del buen uso, y reduciendo a breves proporciones la teoría gramatical. El enlace con la escuela primaria resulta así muy fácil: la escuela primaria, por su naturaleza y por la edad de sus alumnos, no puede hacer mucha teoría, tiene que apoyarse en la práctica; la escuela secundaria, que va gradualmente iniciando el estudiante en el conocimiento teórico, hasta llevarlo a las grandes síntesis de la matemática, la física, la química y la biología, no debe conceder igual atención a la teoría en cuestiones de lenguaje, porque el problema práctico es siempre apremiante: nunca parece que alcanza el tiempo para que el alumno se oriente en el revuelto mar de la palabra.

Pedimos, pues, a la escuela primaria que inicie con energía la tarea; que acostumbre al niño a trabajar sobre su lenguaje; que despierte en él el amor a la lectura; que comience a dirigir su gusto en el sentido de las cosas genuinas y sobrias.

Temo que en los tiempos actuales no se le dé al niño suficiente sentido del trabajo como deber. La pedagogía romántica ha sido interpretada, sobre todo en nuestros perezosos pueblos hispánicos, como sistema que da al niño hechas todas las cosas: al niño no le queda otro trabajo que el de irse boquiabierto hacia ellas, atraído por el interés que el maestro sepa encender en él. Pero los románticos no quieren recordar que la extrema facilidad no es siempre ventajosa y que en los años finales de la escuela primaria urge despertar el sentido de la responsabilidad personal, haciendo comprender que la vida está llena de problemas difíciles cuya resolución dependerá exclusivamente de nuestro trabajo y de nuestra capacidad. Entre los niños a quienes he enseñado en los primeros años del colegio de La Plata, los había con el sentido del deber y de la disciplina mental y social, gracias a la confluencia feliz de la honesta familia y de la buena escuela: ningún espectáculo vence en grave hermosura a la seriedad del niño que empieza a sentir las responsabilidades del hombre, porque la edad pone delicadeza en su viril decoro. Pero hay niños que llegan al colegio con pocos hábitos serios de trabajo: si cumplen con los requisitos externos de su labor, no ponen interés en ella ni tratan de comprenderla. Hasta parecen enfermos de la atención: sólo aquello que los hiere bruscamente los despierta de su marasmo intelectual. Se han acostumbrado a recibirlo todo hecho: así, cuando se les pide que escriban sobre el primer día de clase o sobre el tiempo lluvioso, transcriben de memoria una composición en que se advierten a cada paso los toques de la maestra de la escuela primaria. Si el tema que se les propone es nuevo, lo declaran "muy difícil"... a reserva de darse cuenta de que es fácil cuando se les hacen dos o tres indicaciones sumarias sobre el modo de tratarlo.

Urge que el niño, al iniciarse en el colegio, traiga siempre hábitos de trabajo; que desee acercarse a las cosas y comprenderlas mediante su propio esfuerzo; que sienta vergüenza de que no sea suyo, enteramente suyo, el trabajo que tome a su cargo. Procurando despertar en mis alumnos el sentido de la responsabilidad, les digo siempre en mis clases: "Aquí aprenderá el que quiera aprender; mi tarea es ayudar, pero yo no puedo enseñar nada a quien no quiera aprender". En los Estados Unidos oí decir humorísticamente al presidente Wilson, que antes que hombre de estado había sido universitario, como todos saben: "La mente humana posee infinitos recursos para oponerse al conocimiento".

Urge, también, que el niño adquiera el amor a la lectura. Infundir ese amor es tarea que requiere atención y perseverancia. Entre nosotros, en la América española, requiere aún más: requiere sacrificio de tiempo y de actividad, porque el desarrollo de las bibliotecas públicas y de las bibliotecas escolares no permite todavía a los maestros disponer de la variedad de libros que necesitarían para revelar al niño la multitud de cosas interesantes que le brinda la lectura. Creo, naturalmente, que los maestros no harían bien en limitarse a las lecturas del libro que hayan adoptado para la clase; deben, de cuando en cuando, dar a conocer a los alumnos pasajes de obras diversas que sirvan para despertarles la curiosidad. Ofrezco mi propia experiencia: siempre que en los cursos de castellano del colegio he utilizado, para leer o para dictar, pasajes interesantes de alguna obra desconocida para los alumnos, cuatro o cinco de ellos, al terminar la clase, acuden a la biblioteca para hacerse prestar el libro.

El hábito y el amor de la lectura literaria forman la mejor llave que podemos entregar al niño para abrirle el mundo de la cultura universal. No es que la cultura haya de ser principalmente literaria; lejos de eso: la cultura verdadera requiere la solidez de cimientos y armazón que sólo la ciencia da. Pero el hábito de leer, difícilmente se adquiere en libros que no sean de literatura: el niño comienza pidiendo canciones y cuentos orales; de ellos pasa a los libros de cuentos: las obras narrativas constituyen su lectura principal durante muchos años. El maestro puede ir ensanchando el círculo de las lecturas infantiles: los temas científicos irán entrando en él, pero la literatura de imaginación será siempre el centro del interés. Es esencial mantenerlo agrupando a su alrededor la mayor variedad posible de asuntos y hacer que la literatura se convierta para el niño en hábito irreemplazable. Así, en la adolescencia, la familiaridad con los libros—fuera de los manua-

les de clase—hará que el estudiante se acostumbre a estimarlos como la mejor fuente de información, hará que aprenda a no contentarse con los datos breves e incompletos, cuando no inexactos, de diarios y revistas. Quien haya adquirido la costumbre de las obras literarias—sobre todo si no son exclusivamente novelas — irá, por su propia cuenta, extendiendo y ampliando sus lecturas.

Nadie duda que la lectura del niño debe escogerse bien, y, sin embargo, con desoladora frecuencia se escoge mal. La enseñanza literaria de los colegios, de los liceos y de las escuelas normales tiene la obligación de encauzar el gusto de los futuros maestros: debe ponerlos en contacto vivo, ya lo sabemos, con las grandes obras, con la literatura genuina, la que es como planta perfecta, de flor lozana y de fruto sazonado, enseñando a conocer en dónde hay exceso y vicio de hojarasca. Pero además el maestro debe vencer el prejuicio de que la buena lectura resulta siempre difícil para el niño y de que sólo puede dársele la deplorable "literatura infantil", en cuya fabricación—no hay otro modo de llamarla—se ha suprimido todo jugo y todo vigor. Grandes escritores han sabido producir libros que realmente interesan a los niños: ahí están los cuentos de Andersen; ahí están los cuentos de Tolstoy para campesinos; ahí están los cuentos que Charles y Mary Lamb extrajeron de los dramas de Shakespeare. Ahí está el tesoro de las fábulas que heredamos de la India, de Grecia, de la Europa medieval. Nuestras civilizaciones indígenas de América nos ofrecen mitos llenos de color y sabor. En español tenemos la maravillosa colección de Martí, **La Edad de Oro.**

Y por último la composición: también en ella es indispensable alejar al niño de la hojarasca y acercarlo a la claridad y a la sencillez; enseñarle, no a imitar la literatura florida a que pudieran tener afición los adultos, sino a expresarse con sobriedad sobre cosas que le sean bien conocidas. Naturalmente, al niño de imaginación vivaz no debemos cortarle el vuelo; si espontáneamente su expresión busca la imagen, no debe impedírsele. Pero a todos hay que enseñarles precisión. Antes que galas de estilo, debemos enseñarles a observar, a dominar las cosas concretas, los hechos reales; el buen poeta, el gran escritor, sólo llegan a la creación de imágenes complejas de esas que abren perspectivas nuevas al espíritu del lector, gracias al conocimiento agudo de la realidad.

En nuestro **Libro del idioma,** mi compañero Binayán y yo hemos ofrecido observaciones que quiero recordar: "Es cosa frecuente en la escuela señalar como temas de composición asuntos difíciles para los alumnos, sea por la rudimentaria aptitud de observación que estos tienen, sea porque el tema carezca de la precisión que la mente del niño exige como condición en lo que ha de aprender . . . Temas como "el cisne" o "el amanecer", que la mayoría de los niños no ha podido observar atentamente, conducen a una simulación de saber o de sentir en que ciertamente no incurre el buen escritor, para cuya inteligencia desarrollada o para cuya sensibilidad educada pueden ser esos temas fuentes de reales sugestiones poéticas. Las palabras que el poeta emplea para cantar al cisne o a la mañana corresponden a reales sentimientos que en ellos despiertan esos asuntos. El niño, al escribir sobre ellos, repetirá lugares comunes, frases que haya escuchado en su casa o en la escuela... Con ser bastante graves las consecuencias que de esto se derivan para la buena o mala redacción, son más graves aún las deplorables consecuencias que tiene para la educación del carácter. Note el maestro que tales errores vendrán a constituir un curso de insinceridad...

"Es muy útil que el maestro haga escribir en el pizarrón uno de los trabajos de los alumnos y lo haga analizar buscando ante todo la idea esencial y luego las accesorias o explicativas, señalando cuáles de ellas, y por qué, no debió incluir el alumno, señalando cuáles son las ideas superfluas, y aun cuáles de ellas son parásitas.

"El maestro debe insistir con ahinco en la crítica negativa, verdadera campaña de estilo contra todas estas inclusiones indebidas. En esta campaña debe poner toda la valentía necesaria para combatir contra los múltiples efectos que los diarios de las localidades, los manifiestos políticos y la redacción de los anuncios de casas comerciales pueden ejercer en los alumnos y en quienes los rodean.

"Los maestros deben cuidar de no ser ellos mismos los modelos de falta de concisión que los niños imiten... Los alumnos no deben imitar la literatura de los maestros; los maestros no deben hacer composiciones modelos en que se inspiren los alumnos. Los maestros han terminado un proceso de desenvolvimiento mental que los alumnos deben cumplir tan gradualmente como lo cumplieron ellos. Los alumnos deben comenzar escribiendo en la forma simple que corresponde a la simplicidad de sus conocimientos y sentimientos. Después vendrá el desarrollo espiritual, y con él el desarrollo del estilo. Entonces "la mañana" y "el cisne" podrán ser motivos de efusiones líricas que se expresarán en forma literaria. Hasta que ese momento no llegue, la descripción del banco en que el alumno se sienta será un tema de valor educativo mucho mayor que el de aquéllos".

Sintetizando, pues, diré para terminar que la literatura, desempeñando función tan importante como la que desempeña en la escuela primaria, es elemento de que el maestro debe sacar todo el partido posible: por una parte, orientando el gusto del alumno hacia las obras mejores del espíritu humano; por otra parte, enseñándole el manejo exacto de su idioma, educándole el don de expresarse; por otra parte, en fin, formando en él la costumbre de la buena lectura, que es uno de los principales caminos para mantenerse en contacto viviente con la cultura universal.

Pedro Henríquez Ureña



INDICE

LIBROS QUE ACABAN DE LLEGAR

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Algunos recuerdos de don Rubén Darío

= De *El Sol*. Madrid. 26 - II - 1933. *Envío de A. R.* =

Para olvidar...—En dos ocasiones estuvo el poeta Rubén Darío en Mallorca. En 1906, la primera. Habitó una casita del barrio del Terreno. En 1913 arribó de nuevo a la isla. Dos mallorquines ilustres, don Gabriel Alomar y don Juan Sureda, le esperaban. Los dos le acogieron con su devoción y su cordialidad.

Rubén Darío marchó a Valldemosa en 1913. ¡Romántico y clásico y muy moderno, audaz y cosmopolita! Allí llegó bajo el signo del romanticismo. Calor de admiración y el pan y el vino de la amistad encontró en la casa de los señores de Sureda. Don Juan Sureda y su esposa, doña Pilar Montaner, pintora de destacados méritos, se complacían en hospedar en su palacio a las más altas figuras de la literatura y del arte. Por allí pasaron "Azorín", Unamuno, Rusiñol... Allí fué a parar Rubén Darío. La mansión donde se albergaba era nada menos que el palacio de verano del rey de Mallorca, don Sancho, hijo del Conquistador. Forma parte del convento de la cartuja. Mansión digna de un poeta.

Rubén Darío fué a Mallorca para olvidar un infortunado amor. Estaba ya enfermo. Le aquejaba una tristeza infinita de vino y de angustias metafísicas. Una mujer, con un vulgar nombre español, asoma a sus delicados poemas de aquella época.

Don Gabriel Alomar, que había calado hondo en el estado psíquico del poeta, tenía una preocupación, de la que participaban otros amigos y devotos del creador de "Prosas profanas".

—A ver si olvida a esa mujer.

La mujer en cuestión no estaba ciertamente muy preocupada por las tristezas de uno de los más grandes poetas de la raza.

—Tengo entendido—me dice el señor Sureda—que por entonces había decidido casarse con un arriero de los que pululan por la Cava Baja de Madrid.

¿Don Rubén? uno que era ministro.—No es necesario recurrir a la memoria de los más viejos de la comarca. Muchos vecinos de Valldemosa recuerdan a don Rubén.

—¿Don Rubén? Ya sé por quién pregunta. Estuvo aquí. Creo que era ministro de América.

A los campesinos les parece este cargo que desempeñó Rubén algo muy superior a toda posible gloria de los poetas.

Añaden:

—Era muy feo y muy extravagante.

Don Juan Sureda me aclara:

—Para no andar en explicaciones interminables, acordamos presentarlo a las gentes que preguntaban por el forastero como ministro de Nicaragua, cargo que entonces representaba.



Rubén Darío
en hábito de cartujo
Retrato de *Daniel Vásquez Díaz*

He venido a morir...—Por estos campos de maravilla paseaba Rubén Darío. Su sombra se ha proyectado en todos los caminos, en los corredores y en los jardines de la cartuja. Sus angustias espirituales y sus sentimientos en "La epístola a madama Lugones", "Sol del domingo", en donde canta los olivos pintados por doña Pilar de Sureda, en su canción sobre el bolero mallorquín. Y, sobre todo, en su poema "La cartuja".

—Un día fué conmigo por el camino hacia una ermita próxima—me dice un campesino de Valldemosa que conoció a don Rubén—. Se hacía de noche. El estaba muy taciturno. Cantaba una campana en la espadaña de la iglesiuca campesina. El "ángelus".

—¿Y qué ha venido a hacer a Mallorca?—preguntó el campesino a don Rubén.

—A morir. A morir. He venido a morir.

—"El hombre más burro del mundo..."—Las más extrañas desesperaciones aherrojaban su grandioso espíritu. ¿Por qué los que recuerdan a Rubén Darío aseguran que era muy extravagante?

El silencio de la cartuja le ocasionó grandes y pintorescos trastornos. Monologaba por los pasillos solitarios al atardecer. Por la noche se sentía transido por los más infantiles terrores.

—¿Por qué no habré sido yo cartujo? ¡Quiero ser cartujo!

Alguien le entregó un hábito blanco de los que usaron los hijos de San Bruno.

—¡Una cuerda y un cilicio! ¡Ay, gran Dios! Penitencia—clamaba.

Marchó a su habitación y se puso el hábito; el hábito blanco y un gran cencerro al cuello. De esta guisa paseaba por la cartuja y los jardines, bajo los cipreses recortados en el azul, rasgando el silencio con voces de desesperanza:

—¡El hombre más burro que ha habido en el mundo soy yo!—gemía y lloraba—. No quiero recibir a nadie. ¡Silencio!

El señor Sureda trató de disuadir a Rubén de aquellas raras prácticas a que se entregaba.

—¡Vete! No te quiero ver—le decía el poeta en un ataque de irascibilidad—. Eres el gran inquisidor.

La única persona que lograba reducir aquel estado de irritación, era el ama de llaves del señor Sureda: Francina. A Rubén le gustaba mucho este nombre. Había tomado un gran afecto al ama de llaves. Entre otras razones, porque le ofrecía el mejor vino de la bodega.

"Quiero conocer un "chueta" auténtico".—Un día, momentos después de dejar el lecho, notificó a la familia Sureda:

—Quiero conocer hoy mismo a un "chueta" auténtico.

Sabido es que los "chuetas" son los descendientes de los judíos conversos que quedan en Mallorca.

Se le dijo que tendría ocasión de que su deseo se cumpliera.

—¡Ahora mismo!

—Habrá que ir a Palma.

—No dijo más aquel día. Era como un niño grande—añade el señor Sureda—. Desapareció, y no sabemos cómo se fué a Palma. En la ciudad le encontré bebiendo champaña en el "hall" de un hotel, en compañía de un periodista "chueta", verdaderamente auténtico. Estaba muy alegre. Después, desapareció en la noche. Estaban cerrados todos los establecimientos de bebida. Recaló en una farmacia y compró alcohol de 95 grados. Fuimos a recogerle a la Casa de Socorro. Un día dejó Mallorca. Se fué a América poco tiempo después. Murió.

En Valldemosa se le recuerda:

—¡Aquel don Rubén, ministro de América!

Y os cuentan la anécdota del hábito y del cencerro.

Alardo Prats

Imprenta LA TRIBUNA